

STEPHEN KING

BLOCKADE BILLY



Stephen King vuelve a darnos una muestra de su talento narrativo en este libro que aúna dos relatos cortos de sabor intenso.

Blockade Billy nos introduce en la misteriosa vida de William Blakely, el mejor jugador de la historia del béisbol al que, asombrosamente, nadie recuerda ya. Su rastro ha desaparecido por completo de todos los registros deportivos. Y con razón. El joven Billy ocultó un oscuro secreto que solo el maestro indiscutible del terror contemporáneo podía desvelar.

En *Moralidad* conoceremos a una joven enfermera atrapada por la turbia proposición del acaudalado y anciano reverendo al que cuida. Dividida entre sus principios y una acuciante situación económica, su decisión cambiará su vida y la de su marido para siempre.

Una lectura escalofriante para los amantes de las sensaciones fuertes.

Stephen King

Blockade Billy

ePub r1.2

Titivillus 04.06.2020

Título original: *Blockade Billy*

Stephen King, 2010

Traducción: José Óscar Hernández Sendín

Ilustraciones: Alex McVey

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Índice de contenido

Blockade Billy

Moralidad

Capítulo 1

Capítulo 2

Sobre el autor

*Dedicado a todos los chicos (y chicas)
que alguna vez se pusieron la equipación*

BLOCKADE BILLY

¿William Blakely?

Ay, Dios mío, usted se refiere a Bloqueo Bill; hace años que nadie me pregunta por él, aunque claro, aquí nadie me pregunta mucho de ninguna cosa, solo si quiero apuntarme a la noche de la Polka en la sala K de P del centro o jugar algo llamado Bolera Virtual. Eso es aquí mismo, en el salón Común. Mi consejo, señor King —no me lo ha pedido, ya, pero se lo voy a dar de todas formas— es que no se haga viejo, y si lo hace, no deje que sus familiares le metan en un hotel para zombis como este.

Es algo gracioso eso de hacerse viejo. Cuando eres joven, la gente siempre quiere escuchar tus historias, sobre todo si has sido jugador de béisbol profesional. Solo que, cuando eres joven, no tienes tiempo para contárselas. Y ahora que me sobra todo el tiempo del mundo, parece que nadie se interesa ya por aquellos días. Pero todavía me gusta pensar en ellos, así que, claro, le hablaré de Billy Blakely. Es una historia terrible, desde luego, pero esas son las que más perduran.

El béisbol era diferente en aquella época. No se olvide de que Blockade Billy jugó con los Titanes solo diez años después de que Jackie Robinson rompiera la barrera del color, y ya ha llovido desde que los Titanes desaparecieron. Creo que New Jersey no volverá a tener nunca otro equipo en las Grandes Ligas, no cuando al otro lado del río hay dos potentes franquicias en Nueva York. Pero en aquel entonces era algo grande —nosotros éramos algo grande— y los partidos se disputaban en un mundo diferente.

Las reglas eran las mismas, esas no cambian. Y los pequeños rituales también eran bastante similares. Bueno, a nadie se le habría permitido ponerse la gorra de lado o doblarse la visera, y uno tenía que llevar el pelo bien arreglado y corto (por Dios, mire cómo van ahora esos cabezas de chorlito), pero algunos jugadores todavía se santiguaban antes de entrar en el campo, o hacían dibujos en la tierra con la cabeza del bate antes de adoptar la postura de bateo o saltaban por encima de las líneas de base cuando corrían para ocupar sus posiciones. Nadie quería pisar las líneas de base, se consideraba que traía la peor de las suertes.

Los partidos eran locales, ¿sí? La televisión empezaba a entrar, pero solo los fines de semana. Teníamos un buen mercado, porque jugábamos en New Jersey Oeste, y nos podían ver en Nueva York. Algunas de esas retransmisiones eran

bastante graciosas. Comparadas con la forma en que se dan los partidos hoy en día, parecían principiantes en el Dixie. La radio era mejor, más profesional, pero también era a nivel local, por supuesto. Nada de retransmisiones vía satélite, ¡porque no había satélites! Los rusos mandaron el primero allá arriba durante la Serie Mundial entre los Yankees y los Bravos de aquel año. Según recuerdo, fue en un día festivo, pero a lo mejor me equivoco. Lo que sí recuerdo bien es que los Titanes se quedaron fuera de la pelea pronto. Estuvimos compitiendo durante un tiempo, en parte gracias a Blockade Billy, pero ya sabe cómo acabó eso. Es por lo que ha venido usted aquí, ¿verdad?

Bueno, pero a lo que quiero llegar es a esto: como los partidos no tenían tanto alcance a nivel nacional, los jugadores no eran tan importantes. No estoy diciendo que no hubiera estrellas —tipos como Aaron, Burdette, Williams, Kaline y, por supuesto, el Mick—, pero la mayoría de ellos no eran tan famosos de costa a costa como Alex Rodríguez y Barry Bonds (un par de tuercebotas, si me lo pregunta). ¿Y el resto? Se lo digo en dos palabras: clase obrera. El salario medio en aquel entonces era de quince de los grandes, menos de lo que hoy en día cobra un profesor de instituto de primer año.

Clase obrera, ¿lo pilla? Así los llamó George Will en aquel libro suyo, lo único es que él lo decía como si fuera algo bueno. Yo no estoy tan seguro, sobre todo si eras un *shortstop*^[1] de treinta años con una mujer y tres críos y te quedaban como mucho siete años antes del retiro. O diez, si tenías suerte y te respetaban las lesiones. Carl Furillo terminó instalando ascensores en el World Trade Center y con un segundo empleo de vigilante nocturno, ¿lo sabía? ¿Eh? ¿Cree que ese fulano Will lo sabía, o simplemente se olvidó de mencionarlo?

La cosa iba así: si poseías talento y cumplías con tu trabajo aun con resaca, jugabas sí o sí. Y si no, te daban la patada. Era así de simple. Y de brutal. Lo que me lleva a nuestra situación con el puesto de receptor de aquella primavera.

Estuvimos bien durante la pretemporada, que los Titanes la hicimos en Sarasota. Nuestro *catcher* titular era Johnny Goodking. Quizá no se acuerde de él. O sí, pero probablemente solo por la forma en que acabó. Tuvo cuatro años buenos, con un promedio de bateo de más de .300, se vistió en casi todos los partidos. Sabía cómo manejar a los lanzadores, no aguantaba ninguna parida. Los muchachos no se atrevían a rechazar sus indicaciones. Pues bueno, en el entrenamiento de primavera llegó casi a .350, con tal vez una docena de *home runs*; en uno de ellos pegó el batazo más profundo y largo que jamás haya visto en el Ed Smith Stadium, donde la bola solía hacer extraños. Le sacó el parabrisas al Chevrolet de algún reportero, ¡ja, ja!

El problema era que también bebía como un cosaco, y dos días antes de que el equipo volviera al norte para abrir la temporada en casa atropelló a una mujer en

Pineapple Street y la dejó más muerta que un lirón. O que un cementerio, lo que sea que se diga. Entonces el maldito idiota intentó huir, pero había un coche patrulla del *sheriff* del condado aparcado en la esquina de Orange, y los agentes lo vieron todo. Tampoco es que el estado de Johnny ofreciera muchas dudas. Cuando lo sacaron del coche, olía como una destilería y apenas se tenía en pie. Uno de los agentes se agachó para ponerle las esposas y Johnny le vomitó en la nuca. La carrera en el béisbol de Johnny Goodking se acabó antes de que la pota se secara. Ni siquiera Babe Ruth habría permanecido en el juego después de atropellar a un ama de casa haciendo sus compras matutinas.

Su reserva era un tipo llamado Frank Faraday. No lo hacía mal detrás del plato, pero bateando era como si golpeará con un banjo. Pesaba menos de setenta kilos. No era corpulento, lo que lo ponía en peligro. En aquellos días se jugaba duro, señor King, y los «jódete» estaban a la orden del día.

Pero bueno, Faraday era lo único que teníamos. Me acuerdo de DiPunno diciendo que no duraría mucho, pero ni siquiera Jersey Joe pensaba que fuera a ser tan poco.

Faraday estaba detrás del plato cuando jugamos nuestro último partido amistoso. Contra los Reds, creo. El partido iba apretado. Don Hoak en el plato. Una mole de tío —creo que era Tec Kluszewski— en la tercera. Hoak golpea la bola directamente a Jerry Rugg, que aquel día era nuestro *pitcher*. Big Klew se abalanza hacia el *home*, con sus ciento veinte kilos polacos. Y ahí está Faraday, tan delgaducho como una pajita de refresco, plantado con un pie en el plato. Sabías que iba a terminar mal. Rugg se la pasa a Faraday. Faraday se vuelve para marcar al corredor. No pude mirar.

Faraday aguantó la bola y logró la eliminación, eso se lo concedo, solo que era un entrenamiento de primavera, tan importante en el gran esquema de las cosas como un pedo en un vendaval. Y ese fue el fin de su carrera en el béisbol. El parte médico: un brazo roto, una pierna rota, conmoción cerebral. Ni idea de qué fue de él. Terminaría limpiando parabrisas en una gasolinera Esso de Tucumcari, por lo que sé. No sería el primero.

Pero a lo que voy: perdimos a nuestros dos *catchers* en un espacio de cuarenta y ocho horas y tuvimos que volver al norte sin nadie a quien colocar detrás del plato a excepción de Ganzie Burgess, un receptor reconvertido a *pitcher* a principios de los cincuenta. Tenía treinta y nueve años aquella temporada y solo valía como relevo de media entrada, pero sabía lanzar bolas de nudillo y era más astuto que Satanás, así que de ninguna manera iba Joe DiPunno a arriesgar sus viejos huesos poniéndolo a recibir. Dijo que antes me pondría a mí. Sabía que bromeaba —yo solo era un entrenador de tercera base con tantos golpes en la

ingle que mis pelotas prácticamente me daban en las rodillas—, pero todavía tiemblo con la idea.

Lo que hizo Joe fue llamar a las oficinas de Newark y decir: «Necesito a un tío capaz de atrapar las bolas rápidas de Hank Masters y las curvas de Danny Doo sin caerse de culo. Me da igual si juega para los Testículos de Tremont, solo asegúrense de que tiene un guante y de que esté en el Swamp a tiempo para el himno nacional. Después pónganse a trabajar para traerme un *catcher* de verdad. Si es que quieren tener alguna posibilidad de disputar esta temporada, claro». Luego colgó y se encendió el que debía de ser su octogésimo cigarrillo del día.

Sí que es buena la vida de un manager, ¿eh? Un *catcher* enfrentándose a un cargo de homicidio involuntario; otro en el hospital, envuelto en tantas vendas que parecía Boris Karloff en *La momia*; una plantilla de lanzadores que o aún no se afeitaban o estaban casi para la jubilación; sabe Dios quién se pondría los protectores para agacharse tras el plato el día de Apertura.

Aquel año viajamos en avión en lugar de en tren, pero aun así parecía una tartana. Entretanto, Kerwin McCaslin, que era el manager general de los Titanes, se puso al teléfono y nos encontró un *catcher* con el que empezar la temporada: William Blakely, que pronto sería conocido como Blockade Billy. No me acuerdo de si venía de la Doble o de la Triple A, pero me imagino que podrá buscarlo en su ordenador, porque sí recuerdo el nombre del equipo del que procedía: los Cornhuskers, los Mazorqueros, de Davenport. De ahí vinieron varios jugadores durante mis siete años con los Titanes, y los habituales siempre preguntaban cómo eran las cosas jugando para los Cornholers, los Porculeros. A veces los llamaban los Cocksuckers o los Chupapollas. El humor en el béisbol no es lo que uno llamaría sofisticado.

Aquel año abrimos contra los Red Sox. A mediados de abril. En aquel entonces la temporada empezaba más tarde y se jugaba un calendario más sano. Ese día llegué temprano al estadio —«antes de que Dios se levantara de la cama, de hecho»—, y allí estaba un hombre joven sentado en el parachoques de una vieja camioneta Ford en el aparcamiento para los jugadores. Llevaba una matrícula de Iowa atada con un alambre. Nick, el guardia de seguridad, le permitió la entrada cuando el chico le enseñó la carta de la sede y su permiso de conducir.

—Tú debes de ser Bill Blakely —le dije, estrechándole la mano—. Me alegro de conocerte.

—Igualmente —respondió—. He traído mi equipo, pero está bastante estropeado.

—Bueno, creo que podremos ocuparnos de eso, compañero —dije cuando le solté la mano. Llevaba una tirita alrededor del dedo corazón, justo por debajo del

nudillo del medio—. ¿Te has cortado al afeitarte? —pregunté, señalándolo.

—Ajá, me he cortado al afeitarme —responde.

No sabría decir si esa era su forma de demostrar que había pillado mi bromita o si le preocupaba tanto cagarla que pensaba que debía estar de acuerdo con todo lo que le dijeran, por lo menos al principio. Más tarde me di cuenta de que no se trataba de ninguna de las dos cosas; simplemente tenía la costumbre de repetir lo que uno le decía. Me acostumbré a ello, y en cierto modo incluso llegó a gustarme.

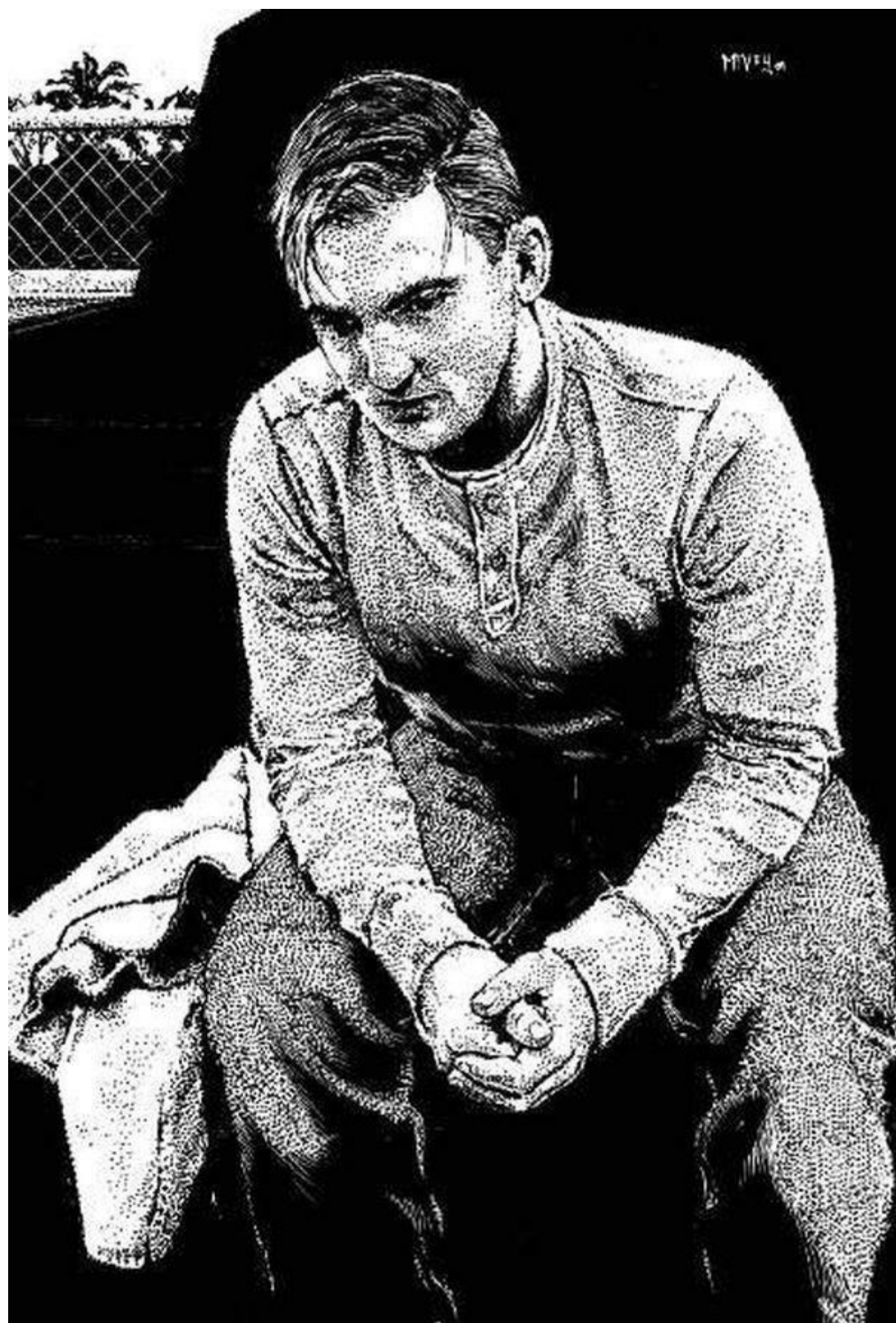
—¿Es usted el manager? —preguntó—. ¿El señor DiPunno?

—No —dije—. George Grantham, pero puedes llamarme Granny. Soy entrenador de tercera base y también el utilero. —Lo cual era cierto; desempeñaba ambos trabajos. Ya le he comentado que este deporte era más pequeño en aquel entonces—. Y no te preocupes. Te voy a proporcionar una equipación totalmente nueva.

—Equipación totalmente nueva —dice él—. Menos el guante. Tengo que llevar el viejo guante de Billy, ¿sabe? Billy Júnior y yo hemos recorrido mucho.

—Bueno, no hay problema.

Y seguimos hacia lo que en aquellos días los cronistas deportivos solían llamar el Old Swampy.



Tuve mis dudas sobre si debía darle el 19, porque era el número del pobre Faraday pero el uniforme le quedaba bien sin parecer un pijama, así que lo hice. Mientras se vestía, le dije:

—¿No estás cansado? Debes de haber conducido casi de un tirón. ¿No te mandaron dinero para coger un avión?

—No estoy cansado —respondió—. A lo mejor me mandaron dinero para coger un avión, pero no lo he visto. ¿Podríamos echar un vistazo al campo?

Asentí y le guié por el túnel de vestuarios hasta la caseta del banquillo. Caminó hasta la base de meta por fuera de la línea de *foul* con el uniforme de Faraday, el 19 azul reflejando el sol de la mañana (solo eran las ocho y los encargados de mantenimiento acababan de empezar lo que sería una larga jornada de trabajo).

Ojalá pudiera describirle la sensación que producía verle dando aquel paseo, señor King, pero las palabras son lo suyo, no lo mío. Lo único que puedo decir es que de espaldas se parecía más que nunca a Faraday. Era diez años más joven, por supuesto... pero la edad no se aprecia demasiado por detrás, excepto a veces por la manera de andar. Además, era delgado como Faraday, y ese es el aspecto que quieres que tenga tu *shortstop* y el segunda base, no tu *catcher*. Los *catchers* han de estar contruidos como bocas de incendio, igual que Johnny Goodking. Este otro parecía un puñado de costillas esperando su turno para romperse.

No obstante, tenía una complexión más firme que Frank Faraday; un trasero más ancho y unos muslos más gruesos. Estaba delgado de cintura para arriba, pero al mirarle, recuerdo haber pensado que se parecía a lo que probablemente era: un granjero de Iowa de vacaciones en la pintoresca Newark.

Fue hasta el plato y se dio la vuelta para observar el centro muerto. Tenía el pelo oscuro y un mechón le caía sobre la frente. Se lo apartó con la mano y se quedó allí parado absorbiéndolo todo: el silencio, las gradas vacías donde esa tarde se sentarían cincuenta mil personas, las banderas que ya colgaban de la verja y ondeaban bajo la ligera brisa de la mañana, los postes de *foul* recién pintados de azul Jersey, los encargados de mantenimiento que empezaban a regar. Era una visión extraordinaria, siempre lo he pensado, y me imaginaba lo que debía de estar pasándole por la cabeza al muchacho, que una semana antes probablemente habría estado ordeñando vacas y con ganas de empezar a jugar con los Cornholers a mediados de mayo.

Pensé: El pobre muchacho por fin ha entendido dónde está. Cuando mire hacia aquí, verá el pánico en sus ojos. Puede que tenga que atarlo en los vestuarios para evitar que se monte en esa vieja camioneta suya y salga pitando de vuelta al país de Dios.

Pero cuando me miró, no había un ápice de pánico en sus ojos. Ni miedo. Ni siquiera nerviosismo, algo que habría dicho que todos los jugadores sienten el día de la Apertura. No, parecía perfectamente sereno, allí plantado detrás del plato con sus Levi's y su chaqueta de popelín ligera.

—Sí —dijo, como un hombre confirmando algo de lo que estaba bastante seguro desde el principio—. Billy puede batear aquí.

—Bien por él —le dije. Fue lo único que se me ocurrió.

—Bien —repitió él. Entonces (lo juro) añadió—: ¿Crees que esos tipos necesitan ayuda con las mangueras?

Me eché a reír. Había algo raro en él, algo fuera de lugar, algo que ponía nerviosa a la gente... pero que también hacía que se le cogiera cariño. Una especie de dulzura. Algo que te impulsaba a que te cayera bien a pesar de notar que algo no le funcionaba del todo en la azotea. Joe lo notó de inmediato. Varios jugadores también, pero eso no impidió que les cayera bien. No sé, era como si cuando hablabas con él, lo que volvía fuera el sonido de tu propia voz. Como un eco en una cueva.

—Billy —dije—, no es tu trabajo encargarte del campo. El trabajo de Bill es ponerse la equipación y recibir las bolas de Danny Dusen esta tarde.

—Danny Doo —dijo él.

—Correcto. Veinte victorias y seis derrotas el año pasado, debería haber ganado el Cy Young, pero no lo hizo. Todavía está escocido. Y recuerda esto: si te niega una seña, no te atrevas a hacerle la misma otra vez. Bueno, a no ser que quieras que tu polla intercambie posiciones con el ojete del culo después del partido, claro. Danny Doo está a cuatro partidos de las doscientas victorias, y va a ser malo como el demonio hasta que las alcance.

—Hasta que las alcance. —Asintió con la cabeza.

—Correcto.

—Si niega una seña, hacedle otra distinta.

—Sí.

—¿Lanza bolas con cambio de velocidad?

—¿Tienes tú dos piernas? Doo ha ganado ciento noventa y seis partidos, y eso no se consigue sin lanzar cambios de velocidad.

—No sin cambios de velocidad —dijo—. Vale.

—Y no te lesiones ahí fuera. Hasta que los directivos cierren un fichaje, lo único que tenemos eres tú.

—Soy yo —dice él—. Entendido.

—Eso espero.

Para entonces ya empezaban a llegar otros jugadores, y yo tenía como mil cosas que hacer. Más tarde vi al chico en el despacho de Jersey Joe, firmando lo

que necesitara firmarse, con Kerwin McCaslin inclinado sobre él como un buitre sobre un animal muerto en la carretera, señalando los puntos correctos. Pobre muchacho, probablemente solo habría dormido seis horas en las últimas sesenta y ahí estaba firmando por cinco años de su vida. Más tarde lo vi con Dusen repasando la alineación de Boston. Doo se encargaba de hablar y el chico se encargaba de escuchar. No hizo ni una sola pregunta, por lo que vi, lo cual estuvo bien. Si el muchacho hubiera abierto la boca, Danny le habría echado un buen rapapolvo, de seguro.

Aproximadamente una hora antes del partido, entré en el despacho de Joe para mirar la alineación. Había puesto al chico como octavo bateador, lo que no era ninguna sorpresa. Sobre nuestras cabezas ya había empezado el murmullo y se oía el retumbar de las pisadas en las tablas. El público siempre llega temprano el día de Apertura. Al escucharlo sentí un cosquilleo en el estómago, como siempre, y noté que a Jersey Joe le pasaba lo mismo. Su cenicero ya rebosaba.

—No es tan grande como me habría gustado —dijo, dando un golpecito en el nombre de Blakely—. Que Dios nos ayude si sale desplumado.

—¿McCaslin no ha encontrado a nadie más?

—Puede. Ha hablado con la mujer de Hubie Rattner, pero Hubie se ha ido de pesca a algún lugar en Temperatura Rectal, Michigan. Imposible contactar con él hasta la semana que viene.

—Cap... Hubie Rattner debe de tener mínimo cuarenta y tres, ni un día menos.

—A buen hambre no hay pan duro. Y sé franco... ¿cuánto crees que va a durar ese chaval en las Mayores?

—Bueno, probablemente lo que un caramelo a la puerta de una escuela —digo yo—, pero tiene algo que Faraday no.

—¿Y qué es?

—No lo sé. Pero si lo hubieras visto plantado detrás del plato mirando hacia el centro, puede que te causara una sensación mejor. Era como si estuviera pensando: «Esto no es tanto como creía que sería».

—Va a enterarse de lo que es la primera vez que Ike Delock le tire una a la nariz —dijo Joe, y encendió un cigarro. Le dio una calada y empezó a echar los pulmones por la boca—. Tengo que dejar estos Luckies. «Cargado de todo menos de tos», dice el anuncio. Los cojones. Te apuesto veinte pavazos a que el chaval deja que la primera curva de Danny Doo se le cuele entre las piernas. Entonces Danny se cabreará, ya sabes cómo se pone cuando alguien le jode su tren de lanzamientos, y Boston se pondrá como una moto.

—Debes de ser el alma de la fiesta —le digo. Me tendió la mano.

—Apuesta.

Y como yo sabía que él buscaba ahuyentar la mala suerte, le estreché la mano. Fueron veinte dólares que gané, porque la leyenda de Bloqueo Billy comenzó ese mismo día.

Uno no diría que supo marcar las bolas, porque no lo hizo él, sino el Doo. Pero el primer lanzamiento —a Frank Malzone— fue una curva, y el muchacho la atrapó sin problemas. Y no solo eso. La bola iba fuera por un pelo de coño y jamás vi a ningún *catcher* meter una pelota dentro tan rápido, ni siquiera a Yogi. El árbitro cantó «*strike* uno» y fuimos nosotros quienes nos pusimos como una moto, por lo menos hasta que Williams hizo un *home run* con las bases vacías. Se lo devolvimos en la sexta, cuando Ben Vincent la mandó fuera del estadio. Luego, en la séptima, teníamos a un corredor en segunda base —creo que era Barbarino— con dos *outs* y el chico nuevo al bate. Era su tercer intento. En el primero se quedó como una estatua, en el segundo hizo un *swing* al aire. Delock le engañó del todo esa vez, lo dejó en ridículo, y oyó los únicos abucheos que oiría en todo el tiempo que vistió el uniforme de los Titanes.

El chico pisa el plato y, mientras, yo observaba a Joe. Lo veo sentado junto a la alineación, mirando al suelo y sacudiendo la cabeza. Aunque el chaval ganara una base, el Doo era el siguiente, y él no podría ni darle a una bola lenta de *softball* con una raqueta de tenis. Como bateador era malo de cojones.

No alargaré el suspense; esto no es ninguna novela de deportes para niños. De todas formas, acertó quienquiera que dijese que a veces la vida imita al arte. Eso pasó aquel día. La cuenta iba tres bolas y dos *strikes*. Entonces Delock lanza la rápida *sinker* que le engañó la vez anterior, y que me aspen si el chico no se la tragó de nuevo. Solo que esa vez resultó que fue Ike Delock el que quedó como un bobo. El chico la enganchó desde abajo, de la misma forma que solía hacer Ellie Howard, y la coló en el hueco del jardín exterior. Le hice señas al corredor para que entrara y recuperamos la ventaja, dos a uno.

Todo el mundo estaba de pie en la grada, desgañitándose, pero el chico no parecía oírles. Se quedó en la segunda, sacudiéndose el polvo del trasero. No se quedó mucho, porque el Doo cayó en tres lanzamientos y luego tiró su bate como siempre hacía cuando lo ponchaban.

Así que, bueno, quizá esta sea una novela deportiva, después de todo, de la clase que uno leía en las salas de estudio del instituto. Primera parte de la novena entrada y el Doo mirando a los primeros de la lista. Elimina con tres *strikes* a Malzone, y una cuarta parte de la grada se pone en pie. Elimina con tres *strikes* a Klaus, y la mitad del estado de pie. A continuación viene Williams, el viejo Teddy Ballgame. El Doo le pega en la cadera, eso por un lado, y dos, luego pierde fuelle y le regala la primera base por bolas. El chico echa a andar hacia el montículo y Doo le hace señas con la mano para que se largue: «Tú límitate a

agacharte y a hacer tu trabajo, hijo». El chico obedece, ¿qué otra cosa va a hacer? El tipo del montículo es uno de los mejores *pitchers* de la liga de béisbol y el tipo en el cajón del *catcher* tal vez haya pasado la primavera tirando la pelota contra la pared del establo para mantenerse en forma después de haber ordeñado a las vacas.

Primer lanzamiento, ¡maldición! Williams sale hacia la segunda. La pelota está en el suelo, difícil de controlar, pero el chico logra sacar un buen pase. Casi toca a Teddy pero, como bien sabe usted, el casi solo cuenta en el juego de la herradura. Ahora todo el mundo está de pie, gritando. El Doo empieza a darle voces al chico —como si la culpa fuera del chaval y no del asqueroso lanzamiento que había hecho él—, y mientras le dice que es un acojonado de mierda, Williams pide tiempo. Se ha hecho un poco de daño en la rodilla al tirarse en la base, lo que no debería haber extrañado a nadie; sabía batear como el mejor, pero tenía los pies de plomo. Por qué robó una base aquel día es un misterio para todo el mundo. Seguro que no fue un bateo y corrido, imposible teniendo dos *outs* y estando el partido en peligro.

Bueno, pues Billy Anderson entra para sustituir a Teddy... a quien probablemente habría desollado su entrenador si hubiera sido cualquier otro. Y entra Dick Gernert, con un porcentaje de *slugging*^[2] de .425, o por ahí. El público se pone hecho una fiera, el estandarte se está apagando, los laterales se arremolinan, las mujeres gritan como condenadas, los hombres chillan a Jersey Joe para que quite al Doo y ponga a Stew Rankin, que era lo que la gente de hoy en día llamaría el cerrador, aunque en aquel entonces se le conocía como un especialista en relevos cortos.

Pero Joe cruzó los dedos y mantuvo a Dusen.

La cuenta iba tres bolas malas y dos *strikes*, ¿vale? Anderson echa a correr con el lanzamiento, ¿vale? Porque corre como el viento y es el primer partido del novato detrás del plato. Gernert, ese fortachón, pica una curva por debajo —no la empalma sino que la pica— y la pelota cae detrás del montículo, fuera del alcance de Doo. Pero él se revuelve como un gato. Anderson está pasando la tercera y Doo la lanza al *home* de rodillas. La puta salió como una bala.

Sé lo que usted cree que estoy pensando, señor King, pero se equivoca de cabo a rabo. Nunca se me pasó por la cabeza la idea de que nuestro nuevo *catcher* novato fuera a quedar tan machacado como Faraday y que su bonita carrera en las mayores acabaría antes de empezar. Por un lado, Billy Anderson no era un alce como Big Klew; era poco más que un bailarín de *ballet*. Por otro... bueno... el chico era mejor que Faraday. Creo que lo supe desde la primera vez que lo vi, sentado en el parachoques de aquella camioneta hecha polvo donde transportaba su gastada equipación.

Duse la tiró baja pero directa al blanco. El chico la coge entre las piernas, luego gira sobre sí mismo y veo que extiende solo la manopla. Apenas tuve tiempo para pensar que menudo error de novato, que había olvidado la vieja proclama de «los principiantes con las dos manos», que Anderson iba a hacer que soltara la pelota de un golpe y que tendríamos que intentar ganar el partido en el cierre de la novena. Pero entonces el chico bajó el hombro izquierdo como un defensa de fútbol. En ningún momento presté atención a su mano libre, porque tenía la vista fija en aquel guante extendido, igual que todos en el Old Swampy aquel día. Así que no vi exactamente qué ocurrió, nadie lo vio.

Lo que sí vi fue esto: el chico golpeó el pecho de Anderson con el guante cuando aún estaba a tres pasos completos del disco. Entonces Anderson chocó con el hombro caído del chico. Salió disparado y volteado hacia arriba y aterrizó detrás del cajón del bateador zurdo. El árbitro levantó el puño marcando la señal de *out*. En ese momento Anderson empezó a aullar y se agarró el tobillo. Lo oí desde la otra punta de la caseta, así que ya comprenderá usted que debió de ser un buen berrido, porque esos hinchas del día de Apertura rugían como un vendaval de fuerza diez. Vi que la vuelta de la pernera izquierda de Anderson se teñía de rojo y la sangre rezumaba entre sus dedos.

¿Podría tomar un vaso de agua? Sírname un poco de aquella jarra de plástico, ¿quiere? El plástico es lo único que nos dan en las habitaciones, ¿sabe? No se permiten jarras de cristal en el hotel para zombis.

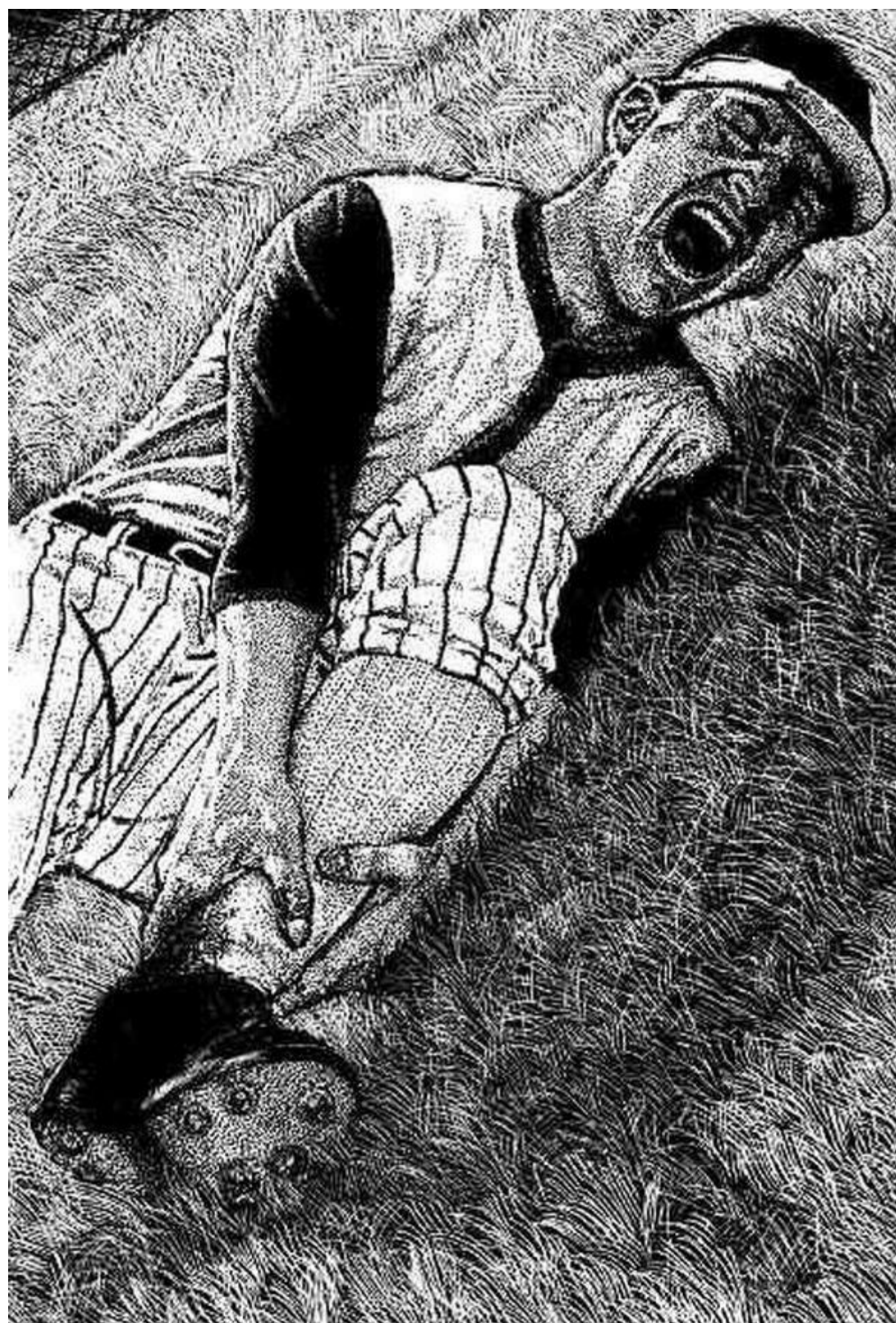
Ah, qué buena. Hacía mucho tiempo que no hablaba tanto, y todavía me queda mucho más que contar. ¿Ya está aburrido? ¿No? Bien. Yo tampoco. Lo estoy pasando como nunca, sea o no una historia terrible.

Anderson no volvió a jugar hasta 1958, que fue su último año; Boston le dio la carta de libertad a mitad de temporada y no pudo fichar por nadie más. Porque su velocidad se había esfumado, y la verdad, su velocidad era lo único que tenía para vender. Los médicos dijeron que quedaría como nuevo, que el tendón de Aquiles solo tenía un pequeño desgarrón, no estaba cortado, pero también estaba distendido, y me imagino que fue esa lesión la que acabó con él. El béisbol es un deporte delicado, ¿sabe? La gente no se da cuenta de ello. Y los *catchers* no son los únicos que se lesionan cuando hay choques en el plato.

Después del partido, Danny Doo agarró al chico en la ducha y le gritó:

—¡Esta noche te invitaré a un trago, novato! ¡De hecho, te voy a invitar a diez! —Y luego le dedicó su mayor alabanza—: ¡Le has echado un par de huevos ahí fuera!

—Diez tragos, porque le he echado un par de huevos ahí fuera —dice el chico, y el Doo ríe y le palmea la espalda como si fuera la cosa más graciosa que ha escuchado en su vida.



Pero entonces llega Pinky Higgins hecho una furia. Aquel año dirigía a los Red Sox, un trabajo bastante ingrato; las cosas no hicieron más que empeorar para Pinky y los Sox a medida que pasaba el verano. Estaba rabioso de cojones, masticaba un taco de tabaco tan fuerte y rápido que el jugo escurría por ambos lados de su boca y le chorreaba por la barbilla. Dijo que el chico le había cortado a propósito el tobillo a Anderson cuando chocaron en el plato. Dijo que Blakely debió de haberlo hecho con las uñas de los dedos, y el chico debería ser expulsado. Tenía gracia viniendo de un hombre cuyo lema era «¡Los tacos por delante y a muerte con ellos!».

Yo estaba bebiendo una cerveza en el despacho de Joe, así que los dos escuchamos la diatriba de Pinky juntos. Pensé que el tipo estaba chalado, y por la cara de Joe, vi que no era el único.

Joe esperó hasta que a Pinky se le acabó la cuerda y luego dijo:

—Yo no miraba el pie de Anderson. Miraba a ver si Blakely le daba un toque y aguantaba la bola. Que fue lo que hizo.

—Tráelo aquí —bufa Pinky—. Quiero decírselo a la cara.

—Sé razonable, Pink —dice Joe—. ¿Estaría yo en tu despacho con un berrinche si Blakely hubiera quedado hecho trizas?

—¡No fueron los tacos de las botas! —chilla Pinky—. ¡Los tacos son parte del juego! Arañar a alguien como... como una niña en un partido de kickball... ¡eso no lo es! ¡Y Anderson lleva en este deporte siete años! ¡Tiene una familia que mantener!

—Entonces ¿qué estás diciendo? Mi *catcher* desgarró el tobillo de tu *pinch-runner* mientras lo eliminaba (y lo tiraba por encima del hombro, coño, no te olvides), ¿y lo hizo con las uñas?

—Es lo que dice Anderson —responde Pinky—. Anderson dice que lo notó.

—A lo mejor Blakely también estiró el pie de Anderson con las uñas. ¿Es eso?

—No —admite Pinky. Para entonces tenía toda la cara colorada, y no solo por estar furioso. Sabía cómo sonaba—. Dice que pasó cuando caía.

—Con la venia del tribunal —intervengo yo—, pero ¿las uñas de los dedos? Menuda gilipollez.

—Quiero ver las uñas del chico —pide Pinky—. O me las enseñas o presentaré una jodida queja.

Pensé que Joe le diría a Pinky que se cagara en su sombrero, pero no lo hizo. Se volvió hacia mí.

—Dile al chaval que venga aquí. Dile que va a enseñarle las uñas al señor Higgins, igual que a su maestra de primer curso después del juramento de lealtad.

Fui a buscar al chico. Acudió de buen grado, aunque solo llevaba puesta una toalla, y no vaciló a la hora de enseñar las uñas. Estaban cortas y limpias, no se veía ninguna rota ni doblada. Tampoco había burbujas de sangre, como las que se verían si uno se las clava a alguien y le rastrilla la piel. Pero me fijé por casualidad en una cosita, aunque en ese momento no le di importancia: la tirita de su dedo corazón había desaparecido, y no se veía rastro de ningún corte que estuviera sanando, solo piel limpia y rosada por la ducha.

—¿Satisfecho? —le preguntó Joe a Pinky—. ¿O ya de paso quieres comprobar si tiene cera en la orejas?

—Que te jodan —replica Pinky. Se levantó, caminó hasta la puerta con paso decidido, escupió el tabaco en la papelera (¡splat!) y entonces se dio la vuelta—. Mi chico dice que el tuyo le cortó. Dice que lo notó. Y mi chico no miente.

—Tu chico intentó ser el héroe con el partido en juego en vez de salvarse en la tercera y dar una oportunidad a Piersall. Sería capaz de decir que su padre hizo la luna con unos gallumbos manchados de lefa con tal de librarse de la horca. Tú sabes qué pasó y yo también. Anderson se enredó con sus propios tacos y se cortó él mismo porque la cagó. Y ahora lárgate de aquí.

—Esto no quedará así, DiPunno.

—¿Ah, sí? Bueno, mañana el partido es a la misma hora. Venid temprano.

Pinky se marchó, arrancando ya un nuevo trozo de tabaco. Joe tamborileó con los dedos junto al cenicero y finalmente preguntó al chico:

—Ahora que no hay zorros en el gallinero, ¿le hiciste algo a Anderson? Dime la verdad.

—No. —Ni un deje de duda—. No le hice nada a Anderson. Es la verdad.

—Okay —dijo Joe. Se puso de pie—. Siempre es un gusto rajar después de un partido, pero creo que me iré a casa y me tomaré una copa. Después puede que folle con la parienta en el sofá. Ganar el día de Apertura me pone la polla dura. —Luego añadió—: Chico, has jugado el partido como debe jugarse. Bien hecho.

Se marchó. El chico se ciñó la toalla alrededor de la cintura y echó a andar de vuelta a los vestuarios. Dije:

—Veo que el corte que te hiciste al afeitarte ya está curado del todo.

Se quedó quieto como una estatua en el vano de la puerta, y aunque me daba la espalda, supe que había hecho algo allí fuera. La verdad se percibía en la forma en que estaba de pie. No sé explicarlo mejor, pero... lo supe.

—¿Qué? —Como si no me hubiera entendido, ¿sabe?

—El corte en tu dedo.

—Ah, ese corte al afeitarme. Sí, curado del todo.

Y así se fue... aunque, con lo palurdo que era, probablemente no tenía ni idea de adónde iba. Por suerte para él, Kerwin McCaslin le había conseguido un sitio

donde alojarse en la mejor zona de Newark. Por difícil que resulte creerlo, en aquel entonces Newark tenía una zona buena.

Vale, segundo partido de la temporada. Dandy Dave Sisler en el montículo lanzando para Boston. Nuestro nuevo *catcher* apenas está posicionado en el cajón de bateo antes de que Sisler le tire una bola rápida a la cabeza. Le habría sacado los putos ojos si le hubiera alcanzado, pero echó la cabeza hacia atrás —ni se agachó ni nada—, y enseguida vuelve a amartillar el bate, mirando a Sisler como si dijera: «Adelante, capullo, repítelo si quieres».

El público está gritando como loco y coreando ¡ÉCHALO! ¡ÉCHALO! ¡ÉCHALO! El árbitro no expulsó a Sisler, pero recibió una amonestación, lo que provocó una ovación. Miré y vi a Pinky en el banquillo de los Boston, andando de un lado a otro con los brazos cruzados; se apretaba con tanta fuerza el pecho que daba la impresión de estar intentando evitar que explotara.

Sisler da vueltas al montículo, empapándose del cariño de la grada —ah, chico, lo querían arrastrado y descuartizado—, luego usa la bolsa de resina, y después rechaza dos o tres señas. Tomándose su tiempo, ¿sabe?, dejando que se enfriara. Mientras, el chico ha estado todo el rato con el bate preparado, cómodo como un califa. Bueno, pues Dandy Dave le lanza una bola rápida directamente al centro de la zona de *strike* y el chico la hace desaparecer en las gradas del lateral izquierdo. Tidings estaba en base y nos pusimos dos a cero. Apuesto a que el ruido en el Swampy se oyó desde Nueva York cuando el chico anotó ese *home run*.

Creí que estaría sonriendo cuando pasara por la tercera, pero estaba tan serio como un juez. Iba mascullando entre dientes:

—Lo tienes hecho, Billy, le has dado una lección a ese tuercebotas y lo tienes hecho.

El Doo fue el primero en abrazarlo en el banquillo y lo llevó dando brincos hasta el portabates. Hasta lo ayudó a recoger los leños desparramados, algo que no era propio de Danny Dusen, que por lo general se creía por encima de esas cosas.

Tras derrotar dos veces a Boston e hincharle las pelotas a Pinky Higgins, fuimos a Washington y ganamos tres partidos consecutivos. El chico conectó *hits*^[3] en todos ellos, incluyendo su segundo *home run*, pero el Griffith Stadium era un lugar deprimente para jugar, hermano; si vieras una rata corriendo por la tribuna detrás del *home*, podrías pegarle un tiro sin temor a que le dieras a un hincha. Aquel año los condenados Senators terminaron a más de cuarenta partidos por detrás. ¡Cuarenta! Para llorar.

En su quinto partido vistiendo un uniforme de una liga mayor, el chico se colocó detrás del plato para recibir los lanzamientos del Doo (su segundo de esa

serie como titular) y a puntísimo estuvo de lograr un *no-hitter*^[4]. Pete Runnels lo estropeó en la novena; tenían un eliminado y ocupó la segunda base. Después, el chico se acercó al montículo, y esa vez Danny se lo consintió. Discutieron un poquito, y luego el Doo le regaló una base por bolas intencional al siguiente bateador, Lou Berberet (¿ve usted cómo todo vuelve?). Eso trajo a Bob Usher al cajón, que bateó para la doble matanza más dulce que uno pudiera desear: bola de partido.

Esa noche, el Doo y el chico salieron a celebrar la victoria número ciento noventa y ocho de Dusen. Cuando lo vi al día siguiente, nuestro polluelo más reciente tenía una resaca tremenda, pero la soportaba tan tranquilamente como soportó que Dave Sisler le tirara a la cabeza. Yo ya empezaba a pensar que teníamos a un gran jugador en nuestro poder y que, después de todo, no necesitaríamos a Hubie Rattner. Ni a cualquier otro.

—Imagino que tú y Danny estáis cada vez más unidos —digo yo.

—Unidos —confirma mientras se masajea las sienes—. El Doo y yo estamos unidos. Dice que Billy es su amuleto de la buena suerte.

—Conque eso dice, ¿eh?

—Sí. Dice que si seguimos juntos, ganará veinticinco y le tendrán que dar el Cy Young.

—¿De veras?

—Sí, señor, de veras. ¿Granny?

—¿Qué?

Me dirigía aquella mirada suya de amplios ojos azules: una vista perfecta que lo veía todo y que no entendía prácticamente nada. Para entonces yo ya me había enterado de que apenas sabía leer y que la única película que había visto era *Bambi*. Dijo que fue a verla con los demás chicos de la Ottershow, o Outershow, o lo que sea, y me figuré que se trataba de su escuela. Acerté y me equivoqué al mismo tiempo, pero esa no es la verdadera cuestión. La cuestión es que sabía jugar al béisbol —de manera instintiva, diría—, pero por lo demás era una pizarra en blanco.

—¿Qué es un Cy Young?

Así era él, ¿lo ve?

Fuimos a Baltimore a jugar tres partidos más antes de volver a casa. Típico béisbol de primavera en esa ciudad, que no está ni en el sur ni en el norte; un frío que pela el primer día, más calor que en el infierno el segundo, una llovizna como hielo líquido el tercero. Al chico le dio igual; conectó *hits* en los tres partidos, con lo que sumaba ocho seguidos. Además, detuvo a otro corredor en el plato. Perdimos el partido, pero fue un bloqueo del copón. La víctima fue Gus Triandos, creo. Embistió con la cabeza las rodillas del chico y se quedó aturdido en el suelo,

a un metro del *home*. El chico lo eliminó tocándole en la nuca con más suavidad que una madre aplicando aceite en una quemadura de sol a su bebé.

Salió una foto de ese *out* en *Evening News* de Newark, con un pie que rezaba: «Billy el Bloqueo Blakely salva otra carrera». Era un buen apodo y se impuso entre los hinchas. En aquellos días no eran tan expresivos como ahora —en 1957 nadie habría ido al estadio de los Yankees con un gorro de chef puesto para apoyar a Garry Sheffield, no lo creo—, pero cuando jugamos nuestro primer partido en el Old Swampy después de la gira, algunos de los aficionados que vinieron llevaban señales de carretera de color naranja en las que se leía DESVÍO y CARRETERA CERRADA.

Las pancartas podrían haber sido cosa de un día si dos de los Indians no hubieran quedado eliminados por jugada en el plato. Por cierto, ese partido lo ganó Danny Dusen. Los dos *outs* fueron resultado de dos grandes lanzamientos más que del bloqueo, pero el novato se llevó el crédito, de todas formas, y diría que lo merecía. Los muchachos empezaban a confiar en él ¿entiende? Y querían verlo. Los jugadores de béisbol también son aficionados, y cuando alguien está en racha, incluso el más duro de corazón trata de ayudar.

Dusen consiguió la victoria ciento noventa y nueve aquel día; Ah, y el chico conectó tres *hits* de cuatro intentos, incluyendo un *home run*, así que no debería sorprenderle que en nuestro segundo partido contra Cleveland apareciera más gente con esas pancartas.

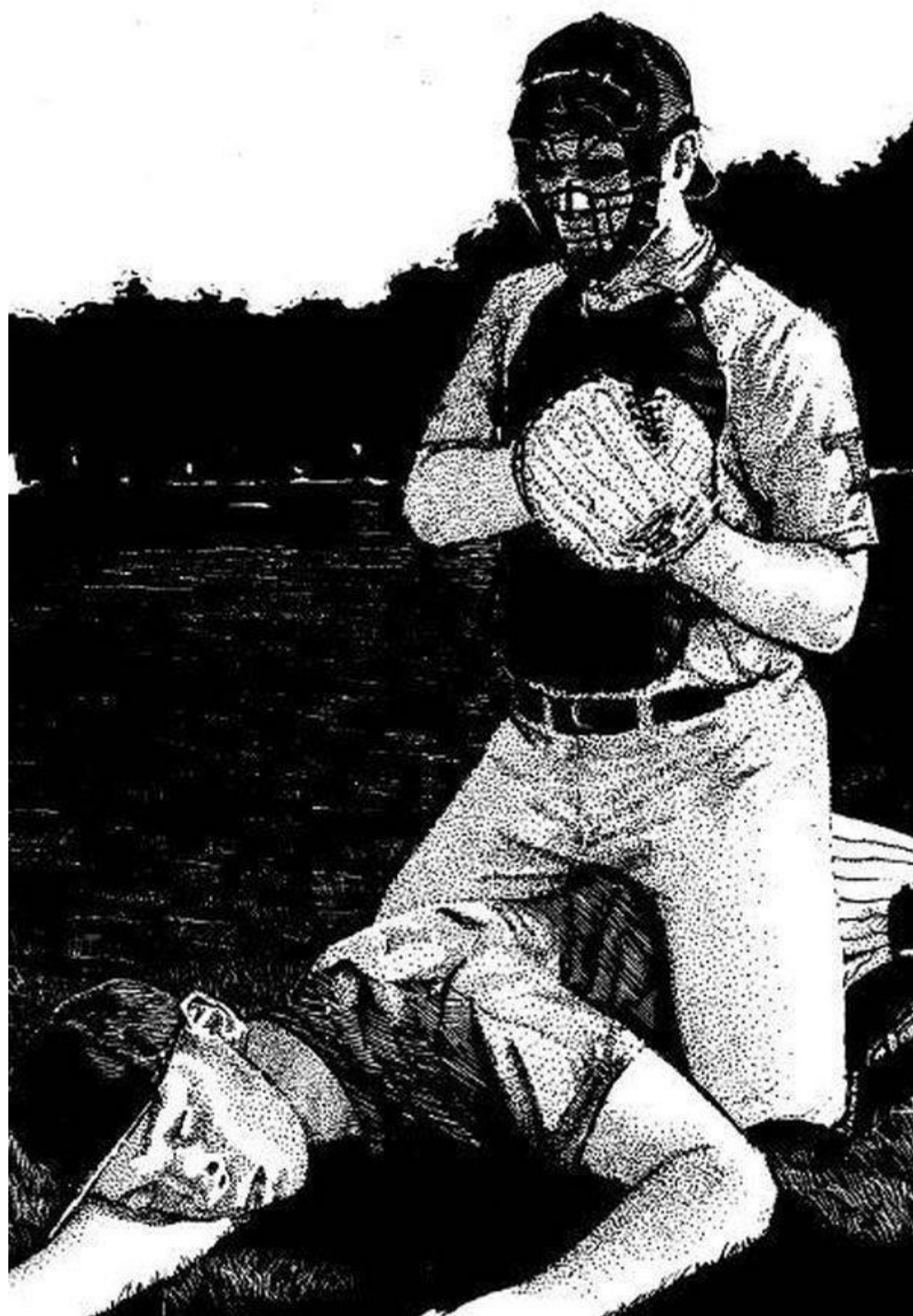
Para el tercero, algún fulano emprendedor ya los estaba vendiendo en la explanada de los Titanes, grandes diamantes de cartón naranja con letras negras: CARRETERA CERRADA POR ORDEN DE BLOCKADE BILLY. Algunos de los hinchas los alzaban cuando le tocaba batear a Billy, y todos cuando el otro equipo tenía a un corredor en tercera. Para cuando los Yankees vinieron a la ciudad (a finales de abril), el estadio entero se teñía de naranja cada vez que los Bombarderos ponían a un corredor en tercera, cosa que ocurrió a menudo.

Porque los Yankees nos metieron una paliza y se hicieron con el primer puesto. No fue culpa del chico; conectó *hits* en todos los partidos y eliminó a Bill Skowron entre el *home* y la tercera cuando el estúpido quedó atrapado en un corre-corre. Skowron, que era un alce del tamaño de Big Klew, intentó arrollar al chico, pero fue el corredor el que cayó de culo, con el chico montado a horcajadas sobre él. En la foto que salió en el periódico parecía el final de un combate de lucha libre con Pretty Tony Baba rematando por una vez a Gorgeous George en lugar de ser al revés. El público se superó a sí mismo agitando esas pancartas de CARRETERA CERRADA. Daba la impresión de que no importaba que los Titanes hubieran perdido; los hinchas se fueron contentos a casa porque habían visto a nuestro flacucho *catcher* darle una patada en el culo al Poderoso Alce Skowron.

Vi al chico poco después, sentado desnudo en el banco fuera de las duchas. Tenía un enorme moratón en un costado del pecho, pero no parecía preocuparle. No era ningún llorica. El hijoputa era demasiado bruto para sentir dolor, dijeron algunos más tarde; demasiado bruto y chalado. Pero he conocido a montones de jugadores brutos en mi época, y ser bruto nunca les impidió quejarse por sus meteduras de pata.

—Chico, ¿qué te parecen todas esas pancartas? —pregunté, pensando que podría animarle si lo necesitaba.

—¿Qué pancartas? —dice él, y por la cara de extrañeza que puso, noté que no bromeaba ni una pizca. Ése era Blockade Billy, capaz de plantarse frente a un tráiler si el tipo al volante estuviera conduciendo por la línea de tercera base para anotar, pero aparte de eso no tenía ni puta idea de nada.



Jugamos una serie de dos partidos con Detroit antes de salir otra vez de gira. Perdimos los dos. Danny Doo se puso en el montículo en el segundo, y no pudo culpar al chico por el resultado; estaba fuera antes de que acabara la tercera entrada. Se sentó en la cueva, quejándose del frío (no hacía mal tiempo), del *fly*^[5] que Harrington había dejado escapar en el exterior derecho (Harrington habría necesitado cohetes en los talones para atrapar esa bola antes de que cayera) y de las malas decisiones de ese hijoputa de Wenders detrás del plato. Con respecto a esto último, puede que no le faltara algo de razón. A Hi Wenders no le caía nada bien el Doo, nunca lo hizo, lo había expulsado en dos juegos el año anterior. Pero aquel día yo estaba a menos de treinta metros de distancia y no vi que el árbitro hubiera decretado nada mal.

El chico conectó *hits* seguros en los dos partidos, incluyendo un *home run* y un triple. Dusen tampoco despotricó contra él, lo que habría sido su comportamiento habitual; se trataba de uno de esos tipos que quería que los demás entendieran que en los Titanes solo había una gran estrella que no era ninguno de ellos. Pero el chaval le gustaba; parecía considerarlo de verdad su amuleto de la suerte. Y al chico le caía bien Doo. Salieron de bares después del partido, se bebieron como mil copas y visitaron una casa de putas para celebrar la primera derrota de la temporada del Doo. Al día siguiente se presentaron para el viaje a Kansas City pálidos y temblorosos.

—El chaval folló anoche —me confió Doo durante el trayecto al aeropuerto en el autobús del equipo—. Creo que fue su primera vez. Ésa es la buena noticia. La mala es que no creo que se acuerde.

Tuvimos un vuelo bastante movido; casi todos eran así en aquel entonces. Unas asquerosas latas con hélices, así eran los aviones, es un milagro que no nos matáramos todos como Buddy Holly y el jodido Big Bopper. El chico se pasó la mayor parte del viaje vomitando en el váter al fondo del avión mientras un grupito de jugadores fuera de la puerta jugaban a cartas y le lanzaban las gracieta normales: «¡No te dejes nada! ¿Necesitas cuchillo y tenedor para cortarlo un poquito?». Entonces, al día siguiente, el hijoputa pegó cinco batazos de cinco en el Municipal Stadium, incluyendo un par de *home runs*.

Hizo, además, otra de las jugadas típicas de Blockade Billy; para entonces ya podría haberla patentado. La víctima esa vez fue Clete Boyer. Billy volvió a bajar el hombro izquierdo, y el señor Boyer salió disparado por encima y cayó de espaldas en el cajón de bateo izquierdo. Sin embargo, hubo algunas diferencias. El novato le tocó con las dos manos para marcar el *out*, y no hubo pies llenos de sangre ni tendones de Aquiles lesionados. Boyer simplemente se levantó y caminó hacia el banquillo, sacudiéndose el polvo del trasero y moviendo la cabeza de un lado a otro como si no supiera muy bien dónde estaba. Ah, y perdimos el partido a

pesar de los cinco *hits* del chico. El marcador final fue once a diez, o algo así. La bola de nudillos de Ganzie Burgess no bailó aquel día; los Athletics se dieron un festín.

Ganamos el siguiente partido, perdimos de chiripa el último en el «día de fuga» antes de salir pitando para casa. El chico conectó *hits* en los dos partidos, con lo que sumaba dieciséis consecutivos. Más nueve *outs* por jugada en el plato. ¡Nueve en dieciséis partidos! Debía de ser un récord. Es decir, si estuviera en los libros. Si alguno de los récords de ese mes estuviera en los libros.

Viajamos a Chicago para una serie de tres y el chico volvió a conectar *hits* en todos, con lo que la cuenta subió a diecinueve. Pero que me parta un rayo si no perdimos los tres. Jersey Joe me miró después del último y dijo:

—No me trago ese rollo del amuleto. Creo que Blakely nos chupa la suerte.

—Eso no es justo y lo sabes —repliqué yo—. Íbamos bien al principio y ahora atravesamos un bache. Ya se nivelará.

—Tal vez —dice—. ¿Dusen sigue todavía intentando enseñar al chico a beber?

—Sí. Han ido al The Loop con algunos de los muchachos.

—Pero volverán juntos —dice Joe—. No lo entiendo. A estas alturas Dusen debería odiar a ese chaval. Doo lleva cinco años aquí y conozco su *modus operandi*.

Yo también. Cuando Doo perdía, tenía que echarle la culpa a alguien, como a ese vago de Johnny Harrington o a ese arbitrucho inepto de Hi Wenders. El turno del chico de pasar por la picadora se retrasaba, porque Danny aún le palmeaba en la espalda y le prometía que sería el maldito Novato del Año. No es que el Doo pudiera culparle de la derrota de ese día. En la quinta entrada de su última obra maestra, Danny lanzó una bola a la valla detrás del *home*: alta, desviada y soberbia. Así que entonces se vuelve loco, pierde el control, y regala la primera por bases a los dos siguientes bateadores. Luego Nellie Fox bateó un doble hacia la línea de *foul*. Después de eso el Doo se recompuso, pero para entonces ya era demasiado tarde; se había metido en un atolladero y allí se quedó.

Mejoramos un poco en Detroit; sacamos dos de tres. El chico conectó *hits* en los tres partidos y ejecutó otro de esos sorprendentes bloqueos en el plato del *home*. Después volamos a casa. Para entonces, el chico procedente de los Cornholers de Davenport era el puñetero más cotizado de la Liga Americana. Se hablaba de que haría un anuncio de Gillette.

—Ese anuncio me gustaría verlo —comentó Si Barbarino—. Soy fan de la comedia.

—Entonces debes de disfrutar mirándote en el espejo —le replicó Critter Hayward.

—Qué gracioso —dice Si—. Lo que quiero decir es que el chaval es un imberbe.

Nunca hubo anuncio, por supuesto. La carrera de Blockade Billy como jugador de béisbol casi se había acabado, solo que no lo sabíamos.

Teníamos programados tres partidos en casa contra los White Sox, pero el primero se suspendió por la lluvia. Hi Wenders, el viejo compadre del Doo, era el árbitro principal y él mismo me dio la noticia. Yo había llegado temprano al Swamp porque los baúles con nuestros uniformes de gira los habían mandado a Idlewild por error y quería asegurarme de que los habían traído. No los necesitaríamos hasta dentro de una semana, pero cuando pasan esas cosas, nunca me he sentido tranquilo hasta que están solucionadas.

Wenders estaba sentado en un banco fuera de la sala de árbitros, leyendo un libro en rústica que mostraba en la portada a una rubia en ropa interior.

—¿Tu mujer, Hi? —pregunto yo.

—Mi novia —responde—. Vete a casa, Grannie. El pronóstico del tiempo dice que a las tres va a estar lloviendo a cántaros. Estoy esperando a que lleguen DiPunno y López para decretar la suspensión.

—Vale —digo—. Gracias.

Empezaba a alejarme cuando me llamó.

—Grannie, ¿ese chico prodigio vuestro está bien de la cabeza? Porque habla solo detrás del plato. Murmura. Joder, no se calla nunca.

—No es ningún genio, pero no está loco, si es a lo que te refieres —respondí. Me equivocaba, pero ¿quién lo hubiera sabido?—. ¿Qué clase de cosas dice?

—No escuché mucho la única vez que estuve detrás de él (el segundo partido contra Boston), pero sé que habla consigo mismo. En, cómo se dice, tercera persona. Dice cosas como «Puedo hacerlo, Billy», Y una vez, cuando dejó caer un rebote que habría supuesto un *strike* tres, suelta: «Lo siento, Billy».

—Bueno, ¿y qué? Yo tuve un amigo imaginario hasta los cinco años. Se llamaba Sheriff Pete. Juntos él y yo llenamos de plomo un montón de pueblos mineros.

—Ya, pero Blakely no tiene cinco años, a menos que siga siendo un crío aquí arriba. —Wenders se da un golpecito en un lado de su tupido cráneo.

—Lo que sí es probable que tenga es un cinco como primer número de su promedio de bateo dentro de no mucho tiempo —digo yo—. Es lo único que me importa. Además, es un parador de mil demonios. Eso debes admitirlo.

—Sí —asiente Wender—. A ese botarate no le da miedo nada, otra señal de que le falta un tornillo.

No seguiría escuchando a un árbitro menospreciar más a uno de mis jugadores, así que cambié de tema y le pregunté —de broma pero sin bromear—

si iba a pitar el partido del día siguiente de forma justa e imparcial, aunque fuera a lanzar su Doo-Bug favorito.

—Yo siempre pito de forma justa e imparcial —dice—. Dusen es un cerdo engreído que busca la gloria para sí mismo y ya ha escogido su sitio en el salón de la Fama en Cooperstown, hará cien cosas mal y no asumirá la responsabilidad ni una sola vez, y es un hijoputa pendenciero que ha aprendido a no meterse conmigo porque no se lo tolero. Dicho esto, pitaré objetivamente, como hago siempre. No puedo creerme que me lo hayas preguntado.

Y yo no puedo creerme que estés ahí sentado rascándote el culo y llamando a nuestro *catcher* poco menos que un idiota congénito —pensé—, pero lo has hecho.

Esa noche llevé a mi mujer a cenar y pasamos un buen rato. Bailamos con la orquesta de Lester Lannin, según recuerdo. Más tarde nos pusimos un poco románticos en el taxi. Dormí bien. No volvería a dormir bien durante bastante tiempo; muchas pesadillas.

Danny Dusen ocupó el montículo en lo que supuestamente iba a ser la sesión vespertina de un partido doble, pero el mundo tal y como se aplicaba a los Titanes ya se había ido al infierno; solo que no lo sabíamos. Nadie lo sabía excepto Joe DiPunno. Para cuando cayó la noche, sabíamos que estábamos jodidos para el resto de la temporada, porque era casi seguro que nuestros primeros veintidós partidos iban a borrarse de los registros, junto con cualquier mención a Billy el Bloqueo Blakely.

Llegué tarde por culpa del tráfico, pero me figuré que no tendría importancia porque la jodienda de los uniformes estaba arreglada. La mayoría de los muchachos ya se encontraban allí, vistiéndose o jugando al póquer o sentados por ahí dándole a la lengua. Dusen y el chico estaban en el rincón donde la máquina de tabaco, sentados en un par de sillas plegables; el chico con los pantalones del uniforme puestos, Dusen solo con los suspensorios (no era una visión muy agradable). Me acerqué a sacar un paquete de Winston y escuché. Danny llevaba casi todo el peso de la conversación.

—Ese puto Wenders me odia —dice.

—Te odia —dice el chico, y luego añade—: Es un cabronazo.

—Claro que lo es. ¿Crees que quiere ser el árbitro detrás del plato cuando consiga mi victoria doscientos?

—¿No? —dice el chico.

—¡Claro que no! Pero hoy voy a ganar para fastidiarle. Y tú vas a ayudarme, Bill. ¿Verdad?

—Verdad. Seguro. Bill va a ayudar.

—Va a encoger la zona de *strike* como un hijoputa.

—¿Sí? ¿Va a encoger la zona como un hijo...?

—Acabo de decirte que sí. Así que mete todas las bolas sobre el plato.

—Meteré todas las bolas dentro.

—Tú eres mi amuleto de la buena suerte, Billy-boy.

Y el chico, abriendo la boca en una sonrisa:

—Soy tu amuleto de la buena suerte.

—Sí. Ahora atiende...

Resultaba divertido y escalofriante al mismo tiempo. El Doo actuaba con intensidad; inclinado hacia delante, con los ojos encendidos al hablar. Todo lo que Wenders había dicho de él era cierto, pero se había dejado una cosa: el Doo era un competidor. Quería ganar del mismo modo que Bob Gibson. Como Gibby, haría cualquier cosa de la que pudiera salirse de rositas para conseguirlo. Y el chico se lo estaba tragando con cuchara.

Estuve a punto de intervenir, porque quería romper esa conexión. Ahora que hablo con usted, pienso que tal vez entonces mi subconsciente ya habría atado muchos cabos. A lo mejor es una tontería, pero creo que no.

En cualquier caso, los dejé solos, me limité a coger mis cigarros y me alejé. Qué coño, de todos modos, si hubiera abierto la boca, Dusen me habría mandado cerrar el pico. No le gustaba que lo interrumpieran cuando daba audiencia, y mientras que cualquier otro día me habría importado una mierda, uno tiende a dejar en paz a un tipo cuando le llega el turno de pisar la goma delante de las cuarenta mil personas que pagan tu salario. Especialmente cuando está determinado a conseguir su gran dos-cero-cero.

Fui al despacho de Joe a buscar el cuadro de la alineación, pero encontré la puerta cerrada y las persianas bajadas, un hecho casi insólito en un día de partido. Las lamas estaban abiertas, así que atisé a través de ellas. Joe tenía el teléfono en la oreja y una mano sobre los ojos. Golpeé el cristal con los nudillos. Pegó tal salto que casi se cayó de la silla, y luego miró en derredor. Vi que lloraba. Jamás le vi una lágrima en toda mi vida, ni antes ni después, pero aquel día estaba llorando. Tenía la cara pálida y el pelo (el poco que le quedaba) alborotado.

Me hizo un gesto con la mano para que me marchara y siguió hablando por teléfono. Empecé a cruzar el vestuario hacia el despacho de los entrenadores, que en realidad era el cuarto de utillaje. Me detuve a medio camino. La gran conferencia entre *pitcher* y *catcher* se había disuelto, y el chico se estaba poniendo la camiseta del uniforme, aquella con el número 19 en azul. Entonces me percaté de que la tirita en el dedo medio de la mano derecha había reaparecido.

Me acerqué y le puse una mano en el hombro. Me sonrió. El chico poseía una sonrisa realmente dulce cuando la usaba.

—Hola, Granny —me saluda. Pero su sonrisa empezó a difuminarse cuando vio que yo no le correspondía.

—¿Preparado para jugar? —pregunté.

—Claro.

—Bien. Pero antes quiero decirte algo. El Doo es un *pitcher* de la leche, pero como ser humano jamás va a superar la Doble A. Pasaría por encima de la espalda rota de su abuela con tal de conseguir una victoria, y tú le importas un carajo en comparación con su abuela.

—¡Yo soy su amuleto de la buena suerte! —replica indignado... pero por debajo de la indignación, parecía a punto de romper a llorar.

—Tal vez sí —dije—, pero no me refiero a eso. Hay una cosa que es salir demasiado mentalizado a un partido. Un poco está bien, pero el exceso tiende a hacer que la gente reviente.

—No comprendo.

—Si revientas y te desinflas como un neumático pinchado, al Doo no le importará una mierda. Se buscará un nuevo amuleto de la suerte.

—¡No deberías hablar así! ¡Él y yo somos amigos!

—Yo también soy tu amigo. Y lo más importante: soy uno de los entrenadores de este equipo. Soy responsable de tu bienestar y hablaré como me salga de los huevos, más si estoy hablando con un novato. Y me vas a escuchar. ¿Estás escuchando?

—Estoy escuchando.

Estaba seguro de ello, pero no me miraba; bajó los ojos y unas plumizas rosas rojas florecieron en sus suaves mejillas de niño.

—No sé qué clase de aparejo llevas bajo esa tiritita, y no quiero saberlo. Lo único que sé es que lo vi en el primer partido que jugaste con nosotros y alguien resultó herido. No lo he vuelto a ver desde entonces, y no quiero verlo hoy. Porque si te pillan, te pillarán a ti, no al Doo.

—Es que me he cortado —dice, todo hosco.

—Vale. Al afeitarte. Pero no quiero ver eso en tu dedo cuando salgas ahí fuera. Solo velo por tu propio interés.

¿Le habría dicho eso si no hubiera visto a Joe tan alterado que estaba llorando? Me gusta pensar que sí. Me gusta pensar que también velaba por el mejor interés de este deporte; que amaba entonces y ahora. La bolera Virtual no le llega ni a la suela de los zapatos, créame.



Me marché antes de que el chico pudiera decir nada. Y no miré atrás. En parte porque no quería ver lo que había debajo de la tirita, pero en su mayor parte porque Joe estaba plantado en la puerta de su despacho haciéndome señas. No juraré que tenía más canas en el pelo, pero tampoco juraré que no le hubieran salido más.

Entré en el despacho y cerré la puerta. Se me ocurrió una idea espantosa. Tenía cierto sentido, dada la expresión de su cara.

—Dios santo, Joe, ¿es tu mujer? ¿O los niños? ¿Les ha pasado algo a los niños?

Empezó a hablar, como si acabara de despertarle de un sueño.

—Jessie y los niños están bien. Pero George... oh, Dios. No puedo creerlo. Menuda mierda. —Y se restregó los ojos con el canto de las manos. Un sonido brotó de él, pero no era un sollozo, sino una risa. La risa más jodida y terrible que haya oído jamás.

—¿De qué se trata? ¿Quién te ha llamado?

—Tengo que pensar —dice él... pero no a mí. Hablaba consigo mismo—. Tengo que decidir cómo voy a... —Se quitó las manos de los ojos; ya iba recuperando su aspecto normal—. Hoy dirigirás tú, Grannie.

—¿Yo? ¡No sé dirigir! ¡El Doo se pondrá hecho una furia! Va otra vez a por la victoria doscientos y...

—Nada de eso importa, ¿no lo ves? Ya no.

—¿Qué...?

—Cállate y prepara la alineación. Y en cuanto a ese chico... —Reflexionó durante un momento y finalmente movió la cabeza—. Al cuerno, déjale jugar, ¿por qué no? Mierda, ponle como quinto bateador. De todas formas, iba a ascenderle en la lista.

—Por supuesto que va a jugar —dije—. ¿Quién si no recibiría para Danny?

—¡A Danny Dusen que le den por culo! —exclama.

—Cap... Joey, cuéntame qué ha pasado.

—No —dice—. Antes tengo que meditar lo que voy a decir a los muchachos. ¡Y a los reporteros! —Se dio una palmada en la frente como si esa parte se le acabara de ocurrir—. ¡Esos gilipollas de pura cepa! ¡Mierda! —Entonces, volviendo a hablar para sí mismo añadió—: Pero dejemos que los muchachos jueguen este partido. Se lo merecen, y también el chico, supongo. Coño, si a lo mejor hasta batea una escalera. —Siguió riendo un poco más y luego se pegó una bofetada para obligarse a parar.

—No lo entiendo.

—Ya te enterarás. Venga, lárgate de aquí. Haz la alineación que quieras. Saca los nombres de un sombrero, ¿por qué no? Da igual. Tan solo asegúrate de

informar al árbitro principal de que vas a dirigir la función. Me figuro que será Wenders.

Caminé por el pasillo hasta la sala de árbitros como un hombre en un sueño y le expliqué a Wenders que yo prepararía la alineación y dirigiría el partido desde el cajón de tercera base. Me preguntó si le pasaba algo a Joe, y dije que estaba enfermo.

Ese fue el primer partido que dirigí hasta que llegué a los Athletics en 1963, pero resultó muy breve, porque, como probablemente ya sabrá usted si ha hecho sus deberes, Hi Wenders me expulsó en la sexta. De todas formas, tampoco es que me acuerde de mucho. Me rondaban la cabeza tantas cosas que me sentía como un hombre en un sueño. No obstante, tuve el suficiente sentido común para hacer una cosa, que fue inspeccionar la mano derecha del chico antes de que saltara al campo. No llevaba la tiritita en el dedo medio, y tampoco distinguí ningún corte. Ni siquiera me sentí aliviado. No dejaba de ver los ojos rojos y la boca demacrada de Joe DiPunno.

Ese fue el último partido bueno de Danny Doo en su vida, y nunca alcanzó sus doscientas victorias. Intentó volver en 1958, pero ya no servía. Aseguró que la visión doble había desaparecido, y tal vez fuera cierto, pero a duras penas era capaz de controlar sus lanzamientos. No hubo sitio para Danny en el salón de la Fama. Joe tenía razón: ese chico absorbía la suerte.

Sin embargo, aquella tarde Doo jugó el mejor partido que le vi jamás; su bola rápida echaba chispas, su curva restallaba como un látigo. En las primeras cuatro entradas ni la olieron. Abanica el palo y al banco, compañero. Eliminó a seis jugadores por *strikes* y los restantes fueron *outs* por batazos rodados en el cuadrado interior. El único problema fue que Kinder jugó casi igual de bien. Habíamos logrado únicamente un asqueroso *hit* por parte de Harrington, que bateó un doble teniendo ya dos *outs* en el cierre de la tercera.

Estamos ya en la primera parte de la quinta. El primer bateador cae con facilidad. Entonces viene Walt Dropo, pega un batazo profundo a la esquina exterior derecha y despega como un murciélago del infierno. El público, que ve a Harry Keene persiguiendo todavía la pelota mientras Dropo corre por piernas a segunda base, comprende que podría anotar un cuadrangular. Empiezan a corear. Al principio son solo unas pocas voces, pero se van uniando más y más. Cada vez más graves y fuertes. Un escalofrío me recorrió la espalda desde la raja del culo hasta la nuca.

«¡Bloh-KADE! ¡Bloh-KADE! ¡Bloh-KADE!»

Tal cual. Empezaron a alzarse las pancartas naranja. La gente se ponía en pie y las levantaba por encima de la cabeza. No las agitaban como de costumbre, simplemente se limitaban a sostenerlas en alto. Jamás he visto una cosa igual.

«¡Bloh-KADE! ¡Bloh-KADE! ¡Bloh-KADE!»

Al principio pensé que había más probabilidades de que se congelara el infierno; en ese momento Dropo está pasando a toda mecha por tercera como un tren sin paradas. Pero entonces Keene se abalanza sobre la pelota y ejecuta un lanzamiento perfecto a Barbarino en el corto. El novato, entretanto, está plantado al lado del *home* de cara a tercera base con el guante extendido, convertido en una diana, y Si da en el maldito blanco.

La muchedumbre está coreando. Dropo se desliza, con los tacos en alto. Al chico no le importa; se pone de rodillas y se arroja por encima. Hi Wenders estaba donde se supone que debía estar —aquella vez, por lo menos—, inclinado sobre la jugada. Se eleva una nube de polvo... y de ella emerge al pulgar hacia arriba de Wenders. «¡FUERA!» Señor King, los hinchas se volvieron locos. Igual que Walt Dropo. Se había levantado y deambulaba de un lado a otro como un chaval colocado de coca en un baile de instituto. No podía creérselo.

El chico tenía un arañazo a mitad del antebrazo izquierdo, nada grave, solo un poco de sudor y sangre, pero suficiente para que el viejo Bony Dadier —que era nuestro preparador físico— saliera a curarle. Así que, después de todo, el chico consiguió ponerse una tirita, solo que esa era legítima. Los hinchas permanecieron de pie durante toda la consulta médica, agitando las pancartas de CARRETERA CERRADA y coreando «¡Bloh-KADE! ¡Bloh-KADE!» como si nunca fueran a hartarse.

El chico no pareció darse cuenta. Estaba en otro mundo. Ahora que lo pienso, fue así todo el tiempo que pasó con los Titanes. Se puso la careta, se colocó detrás del plato y se acucilló. La rutina de siempre. Bubba Phillips ocupó el cajón, pegó un batazo sobre la línea de primera base, Lathrop atrapó la pelota en el aire, y así acabó el inicio de la quinta.

Cuando el chico salió a batear en el cierre de la entrada y fue ponchado en tres lanzamientos, el público aún le dedicó una atronadora ovación. En esa ocasión sí se percató de ello, y se tocó ligeramente la gorra mientras regresaba a la cueva. La única vez que lo hizo. No porque fuera un presumido, sino porque... bueno, ya lo he dicho. El otro mundo.

Vale, inicio de la sexta. Más de cincuenta años más tarde y todavía me saca de quicio cuando pienso en ello. Kinder batea en primer lugar y manda un globo hacia la tercera base, justo lo que se espera de un *pitcher*. Fuera. Después viene Luis Aparicio, Little Louie. El Doo carga y dispara. Aparicio golpea mal y la pelota sale despedida alta y floja detrás del *home*, en el lado de tercera base de la malla de protección. El chico arroja la careta y esprinta a por ella, con la cabeza hacia atrás y el guante hacia fuera. Wenders lo sigue, pero no tan cerca como

debería. Calculó que el chico no tenía ninguna posibilidad. Fue una decisión pésima.

El chico está fuera del césped, en la tierra junto al muro bajo entre el campo y los asientos de tribuna. El cuello estirado. Mirando hacia arriba. Dos docenas de personas en los asientos de primera y segunda fila hacen lo mismo, la mayoría de ellas agitando las manos en el aire. Esta es una cosa que no entiendo de los hinchas y nunca lo entenderé. ¡Es una puta pelota de béisbol, por el amor de Dios! Un artículo que en aquel entonces se vendía por setenta y cinco centavos. Todo el mundo lo sabía. Pero cuando los fanáticos ven una al alcance en el parque, se convierten en el puto Danny Doo para echarle mano. Jamás se les ocurre retirarse y dejar que el hombre que está intentando atraparla —su hombre, y en un juego reñido— haga su trabajo.

Lo vi todo. Lo vi con claridad. Ese globo descendía en nuestro lado del muro. El chico iba a atraparla. Pero entonces un imbécil de brazos largos que llevaba uno de esos jerséis de los Titanes que vendían en la explanada alargó la mano y rozó la bola lo suficiente para que rebotara en el borde del guante del chico y cayera al suelo.



Estaba tan seguro de que Wenders decretaría la eliminación de Aparicio —era una interferencia clara— que al principio no pude creer lo que veían mis ojos: el árbitro hizo la seña para que el chico volviera a situarse detrás del plato y que Aparicio reanudara su turno. Cuando lo asimilé, salí corriendo, agitando los brazos. La muchedumbre empezó a jalearme y a abuchear a Wenders, lo que no es forma de ganar amigos e influenciar a la gente cuando discutes una decisión, pero yo estaba demasiado furioso para prestar atención. No me habría detenido ni aunque Mahatma Gandhi hubiera saltado al campo con el culo al aire para instarnos a hacer las paces.

—¡Interferencia! —grité—. ¡Como un piano! ¿O es que tu narizota te ha impedido verla?

—Estaba en las gradas, y por lo tanto, bola de nadie —decreta Wenders—. Vuelve a tu cueva y deja que prosiga la función.

Al chico le importaba un comino todo aquello; estaba hablando con su compinche Doo. Eso estaba bien. Me importaba un comino que no le importara. Todo lo que quería en ese momento era desollar vivo a ese gilipollas de Hi Wenders. Por lo general no soy un hombre dado a las disputas —en todos los años que dirigí a los Athletics solo me expulsaron del campo dos veces—, pero aquel día habría hecho que Billy Martin pareciera un pacifista.

—¡No lo has visto, Hi! ¡Seguías la jugada desde demasiado lejos! ¡No has visto una mierda!

—No la seguía de cerca, pero lo he visto todo. Ahora, apártate, Granny. No estoy de broma.

—Si no has visto a ese hijoputa bracilargo —dije, y aquí una señora en la segunda fila le tapó las orejas a un niño pequeño y frunció los labios, dedicándome una expresión de «oh, qué hombre más grosero»—, a ese hijoputa bracilargo sacar la mano y tocar la bola, la estabas siguiendo por los cojones. ¡Santo Dios!

El hombre del jersey empezó a mover la cabeza de un lado a otro —«¿Quién, yo? ¡Yo no!»—, pero también lucía una amplia mueca avergonzada de idiota. Wenders la vio, comprendió lo que significaba y luego apartó la mirada.

—Basta —me dice. Y con el tono de voz de una persona razonable que indica que eres un cabeza de chorlito por beberte una cerveza Rheingold en el vestuario añade—: Ya has dado tu opinión. Ahora, o vuelves al banco o escuchas el resto del partido por la radio. Tú eliges.

Retorné a la cueva. Aparicio se posicionó de nuevo con una gran sonrisa de comemierda en el rostro. Lo sabía, seguro que lo sabía. Y lo aprovechó al máximo. El fulano nunca hizo muchos *home runs*, pero cuando el Doo le envió una bola cambiada que no redujo su velocidad, Louie la empalmó alta, amplia y

soberbia al fondo del estadio. Nosy Norton, que jugaba por el centro, en ningún momento llegó a darse la vuelta siquiera.

Aparicio recorrió las bases, sereno como el *Queen Mary* atracando en el muelle, mientras el público le gritaba, denigraba a sus familiares y profería una sarta de insultos y amenazas a Hi Wenders. El tipo no oyó nada, cosa que es la principal habilidad de un árbitro. Se limitó a sacar una pelota nueva del bolsillo de su chaqueta y la inspeccionó en busca de desperfectos. Al observarle, perdí completamente los papeles. Me precipité hasta el *home* y me puse a agitar los puños delante de su cara.

—¡Esa carrera es tuya, capullo de mierda! —bramé—. ¡Eres un puto vago incapaz de correr tras una bola de *foul* y ahora ya tienes una carrera impulsada en tu cuenta! ¡Métetela por el culo! ¡A lo mejor encuentras ahí tus gafas!

Al público le encantó. A Hi Wenders, no tanto. Me apuntó con el dedo, señaló con el pulgar a su espalda y se alejó. La muchedumbre empezó a abuchear y a agitar las pancartas de CARRETERA CERRADA; algunos arrojaron al campo botellas, vasos y perritos a medio comer. Menudo *show*.

—¡No te vayas, culo gordo, cegato cabrón hijo de puta! —grité y fui tras él. Alguien de nuestro banquillo me agarró antes de que yo pudiera apresar a Wenders, que era lo que pretendía. Había perdido todo contacto con la realidad.

El público coreaba: «¡MÁTA-LO! ¡MÁTA-LO! ¡MÁTA-LO!». Jamás lo olvidaré, porque lo entonaban igual que cuando cantaban: «¡Bloh-KADE! ¡Bloh-KADE!».

—¡Si tu madre estuviera aquí, también te tiraría mierda, capullo, que tienes menos vista que un murciélago! —vociferé, y entonces me llevaron a rastras a la cueva. Granzie Burgess, nuestro especialista en bolas de nudillos, dirigió las últimas tres entradas de aquel circo de los horrores. Lanzó en las dos últimas, además. Ese dato también podría encontrarse en los registros... si existiera algún registro de aquella primavera perdida.

Lo último que vi en el campo fue a Danny Dusen y a Blockade Billy de pie en la hierba entre el plato y el montículo. El chico tenía la careta metida bajo el brazo. El Doo le susurraba al oído. El chico escuchaba —siempre escuchaba cuando hablaba el Doo—, pero miraba al público, cuarenta mil hinchas de pie, hombres, mujeres y niños clamando: «MÁTA-LO, MÁTA-LO, MÁTA-LO».

Había un cubo de pelotas a mitad del túnel entre la cueva y los vestuarios. Le di una patada y las pelotas salieron rodando en todas direcciones. Si hubiera pisado una y caído de culo, habría sido el final perfecto para una jodida tarde perfecta en el estadio.

Joe se encontraba en los vestuarios, sentado en un banco fuera de las duchas. Para entonces aparentaba setenta años en vez de cincuenta. Le acompañaban otros

tres tipos. Dos eran agentes uniformados. El tercero iba de traje, pero bastaba con echarle un vistazo al duro rosbif de su cara para saber que también era policía.

—¿Ha acabado pronto el partido? —me preguntó este último. Estaba sentado en una silla plegable, con sus gruesos muslos de inspector separados, y tensionaba al máximo sus pantalones de sirsaca. Los de azul ocupaban un banco delante de las taquillas.

—Para mí sí —respondí. Seguía tan cabreado que ni siquiera me interesé por los polis. Le dije a Joe—: El puto Wenders me ha echado. Lo siento, Cap, pero fue un caso claro de interferencia y ese vago hijo de puta...

—No importa —me interrumpió Joe—. El partido no va a contar. Creo que se van a anular todos nuestros partidos. Kerwin apelará al comisionado, por supuesto, pero...

—¿De qué hablas? —pregunté.

Joe suspiró. Después miró al tipo del traje.

—Cuénteselo usted, detective Lombardazzi —pidió—. Yo no lo soporto.

—¿Es necesario que él lo sepa? —preguntó Lombardazzi.

Me miraba como si yo fuera alguna especie de bicho que nunca antes hubiera visto. Era una mirada que me sobraba después de todo lo ocurrido, pero mantuve la boca cerrada. Porque sabía que dos agentes y un detective no se presentan en el vestuario de un equipo de las Grandes Ligas si no se trata de algo serio de narices.

—Si usted quiere que él contenga a los muchachos el tiempo suficiente para sacar a Blakely de aquí, creo que debe explicárselo —dice Joe.

Desde arriba nos llegó una exclamación colectiva por parte de los hinchas, seguida por un gemido, seguido por una ovación. Ninguno de nosotros prestó atención a lo que resultó ser el final de la carrera en el béisbol de Danny Dusen. La exclamación vino cuando un batazo en línea de Larry Doby le impactó en la frente. El gemido vino cuando cayó en el montículo del *pitcher* como un boxeador noqueado. Y la ovación vino cuando se levantó por sí solo e hizo un gesto con la mano para indicar que se encontraba bien. Cosa que no era cierta, pero lanzó lo que restaba de la sexta, y también la séptima. No cedió ni una carrera. Ganzie le obligó a abandonar antes de la octava cuando vio que el Doo no caminaba recto. Danny aseguraba todo el tiempo que estaba perfecto, estupendamente, que el enorme chichón púrpura que afloraba encima de su ceja izquierda no era nada, que los había tenido mucho peores, y el chico repitiendo lo mismo: «No es nada, no es nada». El Señorito Eco. Nosotros, abajo en los vestuarios, no supimos nada de lo ocurrido, igual que Dusen no supo que, aunque quizá se hubiera llevado pelotazos peores en su carrera, esa era la primera vez que una parte de su cerebro sangraba.

—Su nombre no es Blakely —dice Lombardazzi—. Se llama Eugene Katsanis.

—¿Katz... qué? Y entonces ¿dónde está Blakely?

—William Blakely lleva muerto desde hace un mes. Lo mismo que sus padres.

Lo miré boquiabierto.

—¿De qué habla?

Así que me contó la historia que, estoy seguro, usted ya conoce, señor King, pero tal vez pueda rellenar algunos huecos. Los Blakely vivían en Clarence, Iowa, un terruño de poca monta a una hora en coche de Davenport. Muy conveniente para mamá y papá, porque así podían asistir a la mayoría de los partidos de su hijo en las Ligas Menores. Blakely poseía una granja próspera; trescientas veinte hectáreas para faenar. Uno de sus empleados era poco mayor que un chiquillo. Se llamaba Gene Katsanis, un huérfano que se había criado en el Hogar Cristiano de Ottershaw para niños. No había nacido para ser granjero y la cabeza no le funcionaba del todo bien, pero el béisbol se le daba de narices.

Katsanis y Blakely jugaron como rivales en un par de equipos de su iglesia, y juntos en la selección de la región, que ganó el torneo estatal «Babe Ruth» los tres años que coincidieron, y una vez llegaron hasta las semifinales nacionales. Blakely fue al instituto y allí también destacó, pero Katsanis no tenía madera de estudiante. Alimentar a los cerdos y jugar al béisbol, para eso servía, aunque supuestamente nunca sería tan bueno como Billy Blakely. Nadie se lo planteaba siquiera. Hasta que sucedió, desde luego.

El padre de Blakely lo contrató porque el chico trabajaba por poco dinero, claro, pero sobre todo porque poseía un talento natural para mantener avisado a Billy. Por veinticinco centavos a la semana, el chico tenía a un fildeador y un *pitcher* para practicar con el bate, y el viejo a alguien que le ordeñaba las vacas y le recogía el estiércol. No era un mal negocio, al menos para ellos.

Lo que haya encontrado en su investigación probablemente favorezca a la familia Blakely, ¿me equivoco? Porque llevaban viviendo en aquel territorio durante cuatro generaciones, porque eran granjeros ricos y porque Katsanis no era más que un niño bajo la tutela del Estado que fue abandonado siendo un bebé en una caja de licor a la puerta de una iglesia y al que le faltaban varios tornillos. ¿Y por qué? ¿Porque nació tonto o porque en aquella casa de acogida le molían a golpes tres o cuatro veces por semana antes de que tuviera la edad y el tamaño suficientes para defenderse? Sé que muchas de las palizas se produjeron por su hábito de hablar consigo mismo; eso salió en los periódicos más adelante.

Katsanis y Billy siguieron practicando igual de duro una vez que Billy entró en las categorías inferiores de los Titanes —aunque, ya sabe, en invierno

seguramente lanzarían y batearían dentro del granero cuando la capa de nieve en el exterior fuera demasiado gruesa—, pero a Katsanis le echaron del equipo del pueblo y le prohibieron asistir a las sesiones de entrenamiento de los Cornholers durante la segunda temporada de Billy con ellos. En la primera, a Katsanis le habían permitido participar en algunas de las sesiones, incluso en algunos de los partidillos si les faltaba algún jugador. En aquel entonces todo era bastante informal y sin tantas monsergas como ahora, cuando basta con que un jugador de las Grandes Ligas empuñe un bate sin llevar el casco para que las compañías de seguros pongan el grito en el cielo.

Lo que sospecho que ocurrió —siéntase libre de corregirme si usted posee otra información— es que el chico, fueran cuales fuesen los otros problemas que hubiera tenido, continuó creciendo y madurando como pelotero. Blakely no. Casos así se ven continuamente. Dos chicos que parecen el puto Babe Ruth en el instituto. Misma estatura, mismo peso, misma velocidad, misma visión perfecta. Pero uno de ellos es capaz de jugar al siguiente nivel... y al siguiente... y al siguiente... mientras que el otro empieza a quedarse atrás. De eso me enteré más tarde: Billy Blakely no empezó como *catcher*. Lo cambiaron desde la posición de exterior central cuando el chico que recibía se rompió el brazo. Y esa clase de cambio no es una buena señal. Es como si el entrenador estuviera enviando un mensaje: «Jugarás ahí... pero solo hasta que aparezca alguien mejor».

Creo que Blakely se puso celoso, creo que su viejo se puso celoso y creo que tal vez mamá también. Quizá mamá, sobre todo, porque las madres de los deportistas pueden ser las peores. Creo que tal vez tiraron de unos cuantos hilos para impedir que Katsanis jugara en la región y que asistiera a los entrenamientos de los Cocksuckers de Davenport. No les habría sido difícil, porque se trataba de una arraigada familia rica de Iowa y Gene Katsanis era solo un don nadie que se había criado en un orfanato. Un orfanato cristiano que probablemente fuera el infierno en la tierra.

Supongo que quizá Billy le echó una fuerte regañina que fue la gota que colmó el vaso. Igualmente pudieron ser el padre o la madre, quizá se debió a la forma en que ordeñaba las vacas o tal vez porque no recogió bien el estiércol, pero apostarí a que el asunto se resumía en béisbol y pura envidia. El monstruo de ojos verdes. Por lo que sé, el manager de los Cornholers informó a Blakely de que podrían enviarle a una categoría inferior en Clearwater, y bajar un peldaño con solo veinte años —cuando se supone que deberías estar subiendo— es una buena señal de que tu carrera en el béisbol organizado va a durar poco.

Pero, comoquiera que fuese —y quienquiera que lo hiciese—, fue un error fatal. El chico podía ser un encanto cuando se le trataba bien, todos sabíamos eso, pero andaba mal de la cabeza. Y podía ser peligroso. Eso lo sabía yo antes incluso

de que apareciera la policía debido a lo que ocurrió en el primer partido de la temporada: Billy Anderson.

—El *sheriff* del condado encontró a los tres Blakely en el granero —dijo Lombardazzi—. Katsanis les había cortado la garganta. El *sheriff* cree que usó una navaja de afeitar.

Lo miré boquiabierto.

—Esto es lo que debió de pasar —dijo Joe con voz pesada—. Kerwin McCaslin hizo varias llamadas para buscar un *catcher* de repuesto cuando los nuestros se lesionaron en Florida, y el manager de los Cornhuskers dijo que tenía a un chico que podría servir para el puesto tres o cuatro semanas, suponiendo que no necesitáramos que tuviera un promedio de bateo alto. Porque, según dijo, ese chaval no valía para batear.

—Pero sí que valía —digo yo.

—Porque no era Blakely —dice Lombardazzi—. Blakely y sus padres debían de llevar muertos un par de días como mínimo. El chico Katsanis cuidó de la casa él solo. Y no le faltaban todos los tornillos. Fue lo bastante listo para contestar al teléfono cuando sonó. Recibió la llamada del manager y dijo que claro, que Billy se alegraría de ir a New Jersey. Y antes de marcharse (con la identidad de Billy) llamó a los vecinos y al almacén de forrajes de la ciudad. Contó que los Blakely habían tenido que irse por una emergencia familiar y que él se estaba ocupando de las cosas. Bastante listo para ser un chiflado, ¿no les parece?

—No es un chiflado —le dije.

—Bueno, degolló a las personas que lo acogieron y le dieron trabajo, y mató a todas las vacas para que los vecinos no las oyeran por la noche mugiendo para ser ordeñadas, pero como prefiera. Sé que el fiscal del distrito coincidirá con usted, porque quiere ver a Katsanis colgado en la horca. Así es como lo hacen en Iowa, ¿sabe?

Me volví hacia Joe.

—¿Cómo ha podido pasar una cosa así?

—Porque era bueno —respondió Joe—. Y porque quería jugar al béisbol.

El chico tenía los papeles de Billy Blakely; además, eso fue en los días en que los documentos de identidad con foto eran inauditos. Las descripciones de los dos chavales casaban bastante bien: ojos azules, pelo oscuro, metro ochenta de alto. Pero sobre todo, sí, pasó porque el chico era bueno. Y porque quería jugar al béisbol.

—Lo bastante para aguantar casi un mes en la liga profesional —dijo Lombardazzi, y sobre nuestras cabezas se elevó una ovación. Blockade Billy acababa de conectar su último *hit* en la máxima categoría: un *home run*—. Entonces, anteayer, el hombre del gas licuado fue a la granja Blakely. Ya habían

ido antes otras personas, pero se marchaban cuando leían la nota que Katsanis había dejado en la puerta. Esto no pasó con el hombre del gas. Llenó los tanques de detrás del granero, que era donde estaban los cadáveres de los Blakely y de las vacas. Como por fin empezaba a hacer calor, los olió. Y así es más o menos como termina nuestra historia. Ahora bien, aquí su manager quiere que se le arreste con el menor alboroto posible, y que el resto de los jugadores del equipo corra el menor peligro posible. Por mi parte no hay problema. Así que su misión...

—Tu misión es hacer que los muchachos se queden en la cueva —dice Jersey Joe—. Manda aquí a Blakely... Katsanis... y que venga solo. Ya se habrá ido cuando los demás lleguen a los vestuarios. Después trataremos de solucionar este puto lío.

—¿Qué coño les cuento?

—Reunión del equipo. Helados gratis. No me importa. Retenlos allí cinco minutos.

Le pregunto a Lombardazzi:

—¿No lo advirtió nadie? ¿Nadie? ¿Quiere decir que ni una sola persona lo escuchó por la radio y trató de llamar a papá Blakely para felicitarle por lo bueno que era que su chico estuviera arrasando en las Ligas Mayores?

—Me imagino que una o dos personas pudieron haberlo intentado —dijo Lombardazzi—. La gente de Iowa viene a la gran ciudad de vez en cuando, según me han contado, y me imagino que habrá personas de visita en Nueva York que escuchen los partidos de los Titanes o lean las crónicas en los periódicos...

—Yo prefiero a los Yankees —metió baza uno de los de azul.

—Cuando quiera tu opinión, ya te enterarás —dijo Lombardazzi—. Hasta entonces, cierra el pico.



Miré a Joe, sintiendo náuseas. Un fallo arbitral y ser expulsado del campo en mi primera experiencia como manager me parecían en ese momento el último de mis problemas.

—Que venga solo —repitió Joe—. No me importa de qué manera. Los muchachos no deberían ver esto. —Lo meditó y añadió—: Y el chico no debería ver que ellos lo están viendo. Da igual lo que haya hecho.

Por si importa (y sé que no), perdimos aquel partido dos a uno. Las tres carreras fueron *home runs* con bases vacías. Minnie Minoso bateó la bola de Ganzie que daría la victoria al principio de la novena. El chico fue el último eliminado; la pifió en su primer turno al bate como Titán; la pifió en el último. El béisbol también es un deporte de equilibrio.

De todas formas, ninguno de los nuestros se preocupaba por el partido. Cuando llegué a la caseta, los encontré congregados alrededor del Doo, que estaba sentado en el banquillo diciéndoles que estaba bien, hostias, solo un poco mareado. Pero no se le veía con buen aspecto, y nuestro viejo sucedáneo de médico tenía un semblante grave. Quería trasladar a Danny al General de Newark para someterle a rayos X.

—Y una puta mierda —dice Doo—. Solo necesito un par de minutos. Te digo que estoy bien. Por Dios, Bones, dame un descanso.

—Blakely —llamé—. Baja a los vestuarios. El señor DiPunno quiere verte.

—¿El entrenador DiPunno quiere verme? ¿En los vestuarios? ¿Por qué?

—Algo sobre el premio del Novato del Mes —respondí. La idea apareció de la nada. En aquel entonces no existía tal cosa, pero él no lo sabía.

El chico mira a Danny Doo, y el Doo agita la mano en su dirección.

—Vamos, lárgate, chico. Has jugado un buen partido, no fue culpa tuya. Sigues con la suerte de tu lado, y a quien diga lo contrario que le den por culo. —Luego añade—: Todos vosotros, ahuecando el ala. Dejadme espacio para respirar.

—Aguardad un momento —digo yo—. Joe quiere verle a él solo. Me figuro que para darle la enhorabuena en privado. Chico, no te entretengas, venga... —Iba a terminar la frase con un «largo de aquí», pero no hizo falta. Blakely o Katsanis, se llamara como se llamase, ya se había ido. Y usted ya sabe qué pasó después.

Si el chico hubiera ido directamente a la sala de árbitros por el túnel, le habrían acorralado, porque los vestuarios quedaban de camino. Sin embargo, atajó por el trastero, donde guardábamos el equipaje y teníamos un par de mesas de masaje y una bañera de hidromasaje. Jamás sabremos a ciencia cierta por qué lo hizo, pero creo que el chico intuía que algo andaba mal. Fuera o no un loco, debía de saber que el techo se le iba a desplomar encima tarde o temprano. En cualquier caso, salió al otro lado de los vestuarios, se dirigió a la sala de árbitros y llamó a

la puerta. Para entonces, el aparejo que probablemente aprendió a fabricar en el Hogar Cristiano de Ottershaw había reaparecido en su dedo corazón. Es probable que le enseñara uno de los chicos mayores. «Chaval, si quieres que dejen de darte palizas a todas horas, hazte uno de estos».

En ningún momento lo retornó a su taquilla, después de todo, ¿lo ve? Se lo guardó en el bolsillo. Y no se molestó en taparlo con una tirita después del partido, lo que me indica que sabía que no tendría que volver a ocultarlo nunca más.

Golpea la puerta con los nudillos y dice:

—Telegrama urgente para el señor Hi Wenders.

Loco pero no estúpido, ¿lo ve? No sé qué habría pasado si hubiera sido un árbitro auxiliar el que abrió la puerta, pero fue Wenders en persona, y me apuesto cualquier cosa a que perdió la vida antes incluso de darse cuenta de que el chico allí plantado no era un mensajero de la Western Union.

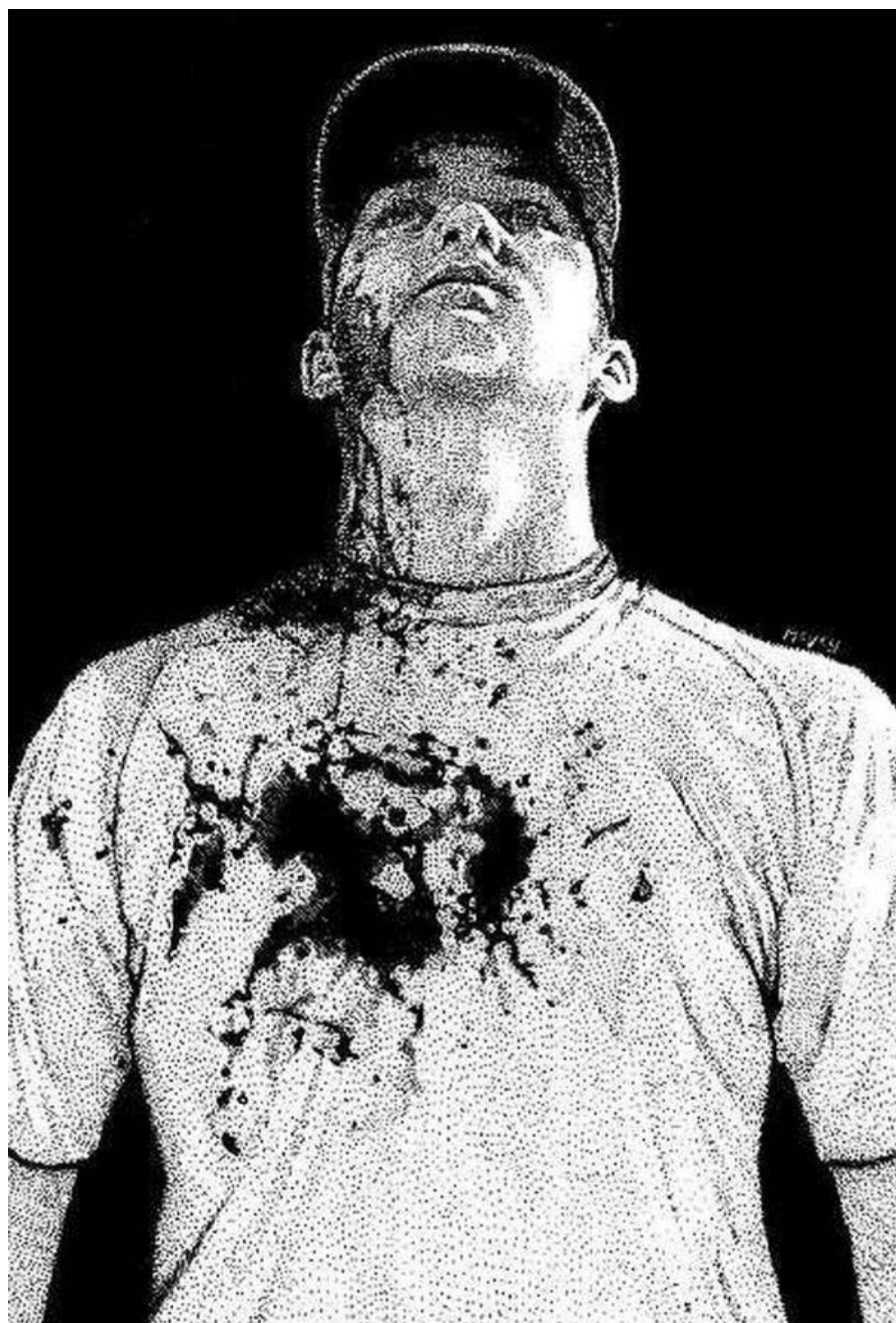
Era una cuchilla de afeitar, ¿lo ve? Bueno, un trozo, al menos. Cuando no se necesitaba, se metía por una tira de estaño curvada como si fuera el anillo de mentirijillas de un niño. Solo cuando cerraba el puño derecho y presionaba en el aro con la base del pulgar, la esquirra de una hoja afilada saltaba sobre un resorte. Wenders abrió la puerta, y Katsanis le barrió el cuello de un lado a otro y le cortó la garganta con ella. Cuando vi el charco de sangre después de que se lo llevaran esposado —Dios mío, cuánta había—, únicamente podía pensar en aquellas cuarenta mil personas gritando MÁTA-LO de la misma manera en que habían gritado Bloh-KADE. Nadie lo dice realmente en serio, pero el chico tampoco lo sabía, especialmente después de que el Doo le vertiera tanto veneno en los oídos sobre cómo Wender se los iba a cargar a los dos.

Cuando los policías salieron corriendo del vestuario, encontraron a Blockade Billy allí plantado con toda la pechera de su uniforme blanco llena de sangre y a Wender yaciendo a sus pies. No intentó luchar ni acuchillar a los agentes cuando estos lo apresaron. No, simplemente se quedó allí hablando en susurros consigo mismo.

—Lo cacé, Doo. Lo cacé, Billy. Ya no volverá a pitar mal. Me lo he cargado por todos nosotros.

Aquí es donde termina la historia, señor King; la parte que conozco, al menos. En lo que concierne a los Titanes, puede usted buscarlo si quiere, como solía decir el viejo Casey: todos los partidos anulados y todos los dobles juegos que jugamos para compensarlos. Que finalmente terminamos con el viejo Hubie Rattner en el cajón del *catcher* y que bateó un promedio de .185 (muy por debajo de lo que ahora denominan la Línea Mendoza). Que a Danny Dusen le diagnosticaron algo llamado «hemorragia intracraneal» y tuvo que quedarse sentado en el banco el

resto de la temporada. Que intentó volver en 1958; eso fue triste. Cinco salidas. En tres de ellas no consiguió lanzar sobre el plato. En las otras dos... ¿se acuerda del último partido de los *playoffs* entre los Red Sox y los Yankees de 2004? ¿Se acuerda de que Kevin Brown empezó lanzando para los Yankees y los Sox anotaron seis puñeteras carreras en las dos primeras entradas? Pues en 1958 Danny Doo lanzaba igual de mal, y eso ya una vez que acertaba con la zona de *strike*. No le quedaba nada. Y aun así, después de todo, conseguimos terminar por delante de los Senators y los Athletics. Solo Jersey Joe DiPunno sufrió un ataque al corazón durante la Serie Mundial de ese año. Puede que fuera el mismo día que los rusos pusieron el Sputnik en órbita. Le sacaron del County Stadium en camilla. Vivió cinco años más, pero era una sombra de su antiguo yo y, por supuesto, nunca volvió a dirigir un equipo.



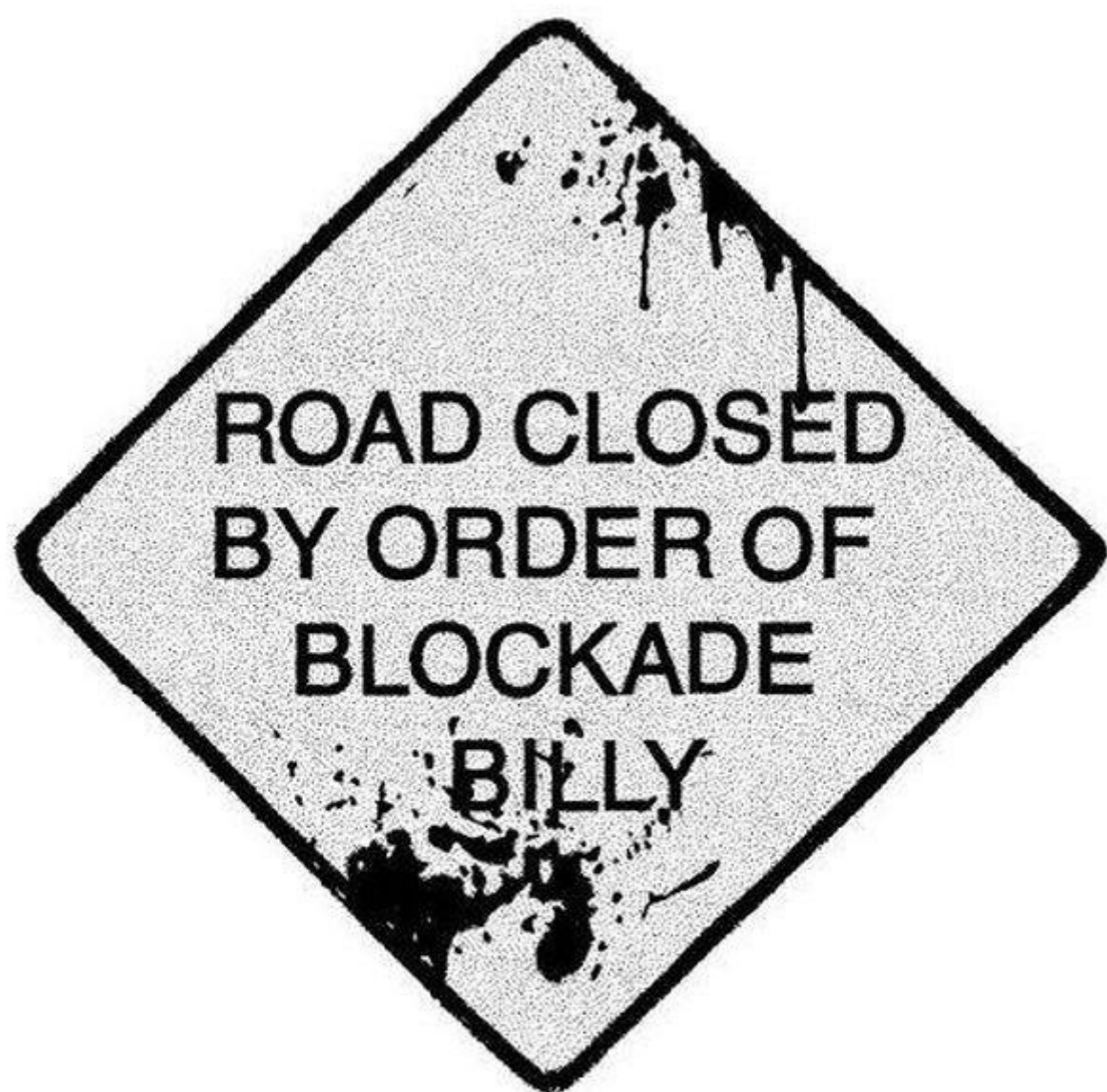
Dijo que el chico chupaba la suerte y no sabía cuánta razón tenía. Señor King, ese chico era un agujero negro para la suerte.

También para sí mismo. Estoy seguro de que conoce el final de su historia. Que fue trasladado a la cárcel del condado de Essex y retenido allí en espera de extradición. Que se tragó una pastilla de jabón y murió asfixiado. No me imagino una manera peor de irse. Aquella fue una temporada de pesadilla, sin duda, y aun así, hablarle de ella ha despertado algunos buenos recuerdos. Sobre todo, creo, de cómo el Old Swampy se cubría de naranja cuando todos aquellos hinchas levantaban las pancartas: CARRETERA CERRADA POR ORDEN DE BLOCKADE BILLY. Sí, apuesto a que el tipo que se las inventó hizo un dineral. Pero ¿sabe qué? La gente que las compró obtuvo con creces su valor. Cuando se ponían de pie y las sostenían sobre la cabeza, estaban formando parte de algo mayor que ellos mismos. Ese algo puede ser malo —basta con pensar en toda la gente que acudía a ver los mítines de Hitler—, pero en este caso era bueno. El béisbol es algo bueno. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

Bloh-KADE, Bloh-KADE, Bloh-KADE.

Aún me dan escalofríos al recordarlo. Aún resuena en mi cabeza. Ese chico era auténtico, estuviera o no loco, absorbiera o no la suerte.

Señor King, creo que se me ha acabado la cuerda. ¿Tiene suficiente? Bien. Me alegro. Vuelva por aquí cuando quiera, menos los miércoles por la tarde; ese día juegan a esa puñetera Bolera Virtual y uno ni siquiera puede oír sus pensamientos. Venga algún sábado, ¿por qué no? Hay un grupo de nosotros que siempre vemos el partido de la semana. Nos dejan bebernos un par de cervezas y jaleamos como cabrones. No es como en los viejos tiempos, pero no está mal.



MORALIDAD

1

Chad supo que algo pasaba en el momento mismo de entrar por la puerta. Nora ya estaba en casa. Ella trabajaba de once a cinco, seis días a la semana; la rutina diaria iba así: Chad solía llegar del colegio a las cuatro y Nora alrededor de las seis, que era entonces cuando cenaban.

La encontró sentada en la escalera de incendios, donde él salía a fumar, y tenía unos cuantos papeles burocráticos en la mano. Miró en dirección al frigorífico y vio que el *e-mail* impreso había desaparecido de debajo del imán que lo había estado sujetando durante casi cuatro meses.

—Eh, hola. Ven aquí fuera. —Tras saludar, hizo una pausa—. Tráete tus cigarrillos, si quieres.

Había reducido su consumo a un paquete por semana, pero eso no hizo que a ella dejara de disgustarle su hábito. El tema de la salud contribuía en parte, pero sobre todo era por el gasto que suponía. Cada pitillo eran cuarenta centavos quemados.

Trepó al exterior de la ventana y se sentó junto a la mujer. Ella se había cambiado de ropa y puesto unos vaqueros y una de sus viejas blusas, así que ya llevaba un rato en casa. Cada vez era más y más extraño.

Contemplaron sin hablar su pequeña porción de la ciudad durante un rato. La besó y ella sonrió de modo ausente. Sostenía el *e-mail* del agente; también la carpeta con las palabras EL ROJO Y EL NEGRO escritas con grandes letras mayúsculas. Era un chiste de él, pero no muy divertido. La carpeta contenía documentos financieros (extractos bancarios y de tarjetas de crédito, facturas de servicios, primas de seguros), y el balance final era definitivamente de color rojo. En esos días constituía la típica historia americana: nunca había suficiente. Dos años antes estuvieron hablando sobre la posibilidad de tener un hijo. De lo que hablaban en ese momento era de salir a la superficie, quizá lo suficiente para dejar la ciudad sin tener a un puñado de acreedores mordiéndoles los talones. Mudarse al norte, a Nueva Inglaterra. Pero no todavía. Al menos donde vivían entonces trabajaban.

—¿Cómo han ido las clases? —preguntó ella.

—Bien.

En realidad, el empleo era un chollo. Pero cuando Anita Biderman retornara de su baja por maternidad, ¿quién sabía? Probablemente no surgiría otra vacante en la E.P. 321. Era uno de los primeros en la lista de sustitutos, pero eso no significaba nada si todo el profesorado habitual estaba presente y rindiendo

cuentas. A veces, mientras yacía en la cama esperando a que el sueño le adelantara, pensaba en el chiquillo de la historia de D. H. Lawrence que montaba en su caballo balancín gritando: «¡Debería haber más dinero!».

—Has vuelto a casa temprano —comentó él—. No me digas que Winnie ha muerto.

Pareció sobresaltarse, pero enseguida sonrió. Sin embargo, llevaban juntos diez años, casados los últimos seis, y Chad sabía reconocer cuando algo iba mal.

—¿Nora?

—Me ha mandado a casa antes de hora. Para meditar. Tengo mucho en lo que pensar. Yo... —Meneó la cabeza.

La agarró por los hombros y la volvió hacia él.

—¿Tú qué, Norrie? ¿Va todo bien?

—Venga, enciéndelo. Luz verde para los fumadores.

—Cuéntame qué está pasando.

Había sido excluida de la plantilla del Hospital Congress Memorial dos años antes, durante una «reestructuración». Afortunadamente para la Corporación Chad & Nora, ella había aterrizado de pie. Conseguir un empleo de enfermera a domicilio fue un golpe de suerte: un paciente —un pastor retirado recuperándose de un derrame cerebral—, treinta y seis horas semanales, un salario decente. Ganaba más que su marido, y con diferencia. Los ingresos de ambos eran casi suficientes para vivir. Por lo menos hasta que Anita Biderman se reincorporara.

—Hablemos primero de esto. —Alzó el *e-mail* del agente—. ¿Hasta qué punto estás convencido?

—¿De terminar el trabajo? Bastante. Casi al cien por cien. Es decir, si saco tiempo. Sobre el resto... —Se encogió de hombros—. Está ahí mismo, en blanco y negro: no existen garantías.

Con la actual congelación de las contrataciones en los colegios de la ciudad, las suplencias eran lo máximo a lo que Chad podía aspirar. Su nombre formaba parte de todas las listas del sistema, pero no se vislumbraba ningún puesto a jornada completa en su futuro inmediato. Y el sueldo no sería mucho mayor ni aunque surgiera tal vacante; tan solo menos incierto. Como sustituto, a veces se pasaba semanas enteras en el banquillo.

Por desesperación y por una necesidad de llenar las horas vacías mientras Nora atendía al reverendo Winston, Chad había empezado a escribir un libro que titulaba *Viviendo con los animales: Experiencias de un profesor suplente en cuatro colegios urbanos*. Las palabras no acudían a él con facilidad, y algunos días no aparecían en absoluto, pero para cuando le llamaron de Saint Saviour para dar clases en segundo curso (el señor Cardelli se había roto una pierna en un accidente de coche), ya tenía tres capítulos acabados. Nora recibió las páginas con

una sonrisa atribulada. Ninguna mujer desea la tarea de decirle al hombre de su vida que ha estado malgastando el tiempo.

No ocurrió tal cosa. Las anécdotas que contaba sobre la vida de la enseñanza sustitutoria eran dulces, divertidas y a menudo conmovedoras; mucho más interesantes que cualquier otra historia que ella hubiera escuchado durante la cena o mientras yacían juntos en la cama.

Finalmente encontró un agente dispuesto a por lo menos echar un vistazo a las ochenta páginas que le había conseguido arrancar a su anticuado y renqueante portátil Dell. El nombre del agente poseía cierta cualidad circense: Edward Ringling. Su respuesta a las páginas de Chad fue larga en alabanzas y corta en promesas. «Puede que sea capaz de conseguirle un contrato para un libro con esto y un resumen del resto —había escrito Ringling—, pero el acuerdo sería por una módica suma, posiblemente una cantidad inferior a la que en la actualidad gana como profesor. Mi sugerencia es que termine otros siete u ocho capítulos, incluso quizá el libro entero. Entonces puede que sea capaz de organizar una subasta y obtener un trato mucho mejor».

Tenía sentido, suponía Chad, si supervisabas el mundo literario desde un cómodo despacho de Manhattan. No tanto si jugabas a la rayuela por todos los distritos de la ciudad, enseñando una semana aquí y tres días allí, intentando mantenerte por delante de las facturas. La carta de Ringling llegó en mayo. Ahora estaban en septiembre, y aunque Chad había tenido unos pocos meses relativamente buenos impartiendo clases en la escuela de verano («Dios bendiga a los idiotas», pensaba en ocasiones), no había agregado ni una sola página al manuscrito. No se trataba de una cuestión de vagancia; enseñar, incluso como un mero profesor suplente, era como tener un par de pinzas para batería acopladas en zonas críticas de tu cerebro.

—¿Cuánto tardarías en terminarlo? —preguntó Nora—. Es decir, si te dedicaras a escribir a tiempo completo.

Extrajo sus cigarrillos y encendió uno. Sintió la imperiosa necesidad de dar una respuesta optimista pero la reprimió. Le pasara lo que le pasase, se merecía la verdad.

—Ocho meses por lo menos.

—¿Y a cuánto dinero crees que ascendería el contrato si el señor Ringling lo saca a subasta?

Chad había hecho los deberes sobre ese tema.

—Calculo que el adelanto podría estar en torno a los cien mil dólares.

Empezar desde cero en Vermont, ese era el plan. De eso era de lo que hablaban en la cama. Un pueblo pequeño, quizá en el Reino Nororiental. Ella podría encontrar algo en el hospital local o hacerse cargo de otro enfermo; él

podría pescar un puesto de profesor a tiempo completo. O quizá escribir otro libro.

—Nora, ¿de qué va todo esto?

—Me da miedo contártelo, pero lo haré. Sea o no un disparate, lo haré. Porque la cifra que Winnie mencionó era superior a cien mil dólares. Solo una cosa: no voy a dejar mi trabajo. Dijo que lo mantendría sin importar lo que decidiéramos, y necesitamos ese trabajo.

Alargó la mano en busca del cenicero de aluminio que guardaba bajo el alféizar de la ventana y aplastó el cigarrillo. A continuación tomó la mano de ella.

—Cuéntamelo.

Escuchó con asombro, pero no con incredulidad. En cierto modo deseó no haber dado crédito, pero sucedió justo lo contrario.

¿Qué había sabido ella exactamente del reverendo George Winston? Que era un solterón de toda la vida; que tres años después de jubilarse en la Segunda Iglesia Presbiteriana de Park Slope (donde continuaba listado en la pizarra de la capilla como pastor emérito), había sufrido una apoplejía. Que el derrame cerebral le había dejado parcialmente paralizado el lado derecho del cuerpo y necesitado de cuidados caseros. No mucho más.

Ahora ya era capaz de caminar hasta el cuarto de baño (y, en los días buenos, hasta la mecedora del porche delantero) con la ayuda de un aparato ortopédico de plástico que evitaba que se le doblara la rodilla mala. Y volvía a hablar de manera comprensible, aunque a veces seguía padeciendo lo que Nora denominaba «lengua soñolienta». Nora poseía experiencia previa con víctimas de apoplejía (lo cual fue determinante para la consecución del empleo) y tenía en gran consideración lo mucho que el reverendo había avanzado en tan corto período de tiempo.

Además de sus obligaciones de enfermera, tales como administrarle la medicación y monitorizar su presión sanguínea, ejercía de fisioterapeuta. Era también su masajista y ocasionalmente, cuando había cartas que escribir, su secretaria. Le hacía recados y a veces le leía. Y no solo se ocupaba de las tareas ligeras del hogar los días que la señora Granger no acudía. Esos días le preparaba bocadillos o tortillas para almorzar, y ella suponía que fue durante aquellas comidas cuando él había extraído los detalles de su propia vida; y lo hizo sin que Nora se hubiera percatado en ningún momento de lo que ocurría.

—Lo único que recuerdo haberle dicho —le contó a Chad—, y probablemente solo porque lo mencionó hoy, es que no vivíamos en una pobreza abyecta, ni siquiera con penurias. Que era el miedo a esas cosas lo que nos deprimía.

Chad respondió a eso con una sonrisa.

Esa mañana Winnie había rehusado tanto el baño y las friegas con esponja como el masaje. En su lugar, le había pedido que le colocara el aparato ortopédico y que le ayudara a llegar hasta su estudio, lo cual constituía una distancia relativamente larga para él, desde luego mucho más larga que la existente hasta la mecedora del porche. Lo logró y se desplomó en la silla tras el escritorio, con el rostro rojo y resollando. Vació de un solo trago el vaso de zumo de naranja que ella le dio.

—Gracias, Nora. Quisiera hablar contigo ahora. Muy seriamente.

Debió de haber presentido su aprensión, porque sonrió y agitó la mano en un gesto que pretendía restar hierro al asunto.

—No se trata de tu empleo. Lo conservarás sin importar lo que pase. Si lo quieres. Si no, procuraré que tengas unas referencias que no puedan ser rechazadas.

—Me estás poniendo nerviosa, Winnie —dijo ella.

—¿De qué manera te gustaría ganar doscientos mil dólares?

Se quedó boquiabierta. A su alrededor, las altas estanterías de elegantes libros les observaban con el ceño fruncido. Los ruidos de la calle llegaban amortiguados. Bien podrían haber estado en otro país. Un país más silencioso que Brooklyn.

—Si piensas que se trata de sexo... se me ocurrió que a lo mejor podrías pensarlo... te aseguro que no lo es. Por lo menos no lo creo; si uno mira bajo la superficie, y si uno ha leído a Freud, supongo que podría decirse que cualquier acto aberrante posee una base sexual. En mi caso no lo sé. No he estudiado a Freud desde el seminario, e incluso entonces mi lectura fue somera. Freud me ofendía. Aparentemente concebía la idea de que cualquier sugestión de profundidad en la naturaleza humana era una ilusión. Parecía estar diciendo: «Lo que crees que es un piscina es un charco». Me hallo en desacuerdo. La naturaleza humana no tiene fondo. Es tan profunda y misteriosa como la mente de Dios.

—Con todos mis respetos, no estoy segura de si creo en Dios. Y no estoy segura de si quiero oír esa proposición.

—Pero si no escuchas, no te enterarás. Y siempre te corroerá la duda.

Se sentía insegura, sin saber qué hacer o qué decir. Lo que pensó fue: Ese escritorio tras el que está sentado debe de haber costado miles de dólares. Era la primera vez que pensaba realmente en el reverendo en conexión con el dinero.

—Lo que ofrezco debería ser suficiente para saldar todas vuestras facturas pendientes, suficiente para hacer posible que tu marido termine su libro... suficiente, tal vez, para empezar una nueva vida en... ¿era Vermont?

—Sí.

—Dinero en efectivo, Nora. No hay necesidad de involucrar a Hacienda. — Poseía rasgos alargados y cabello blanco como de algodón. Un rostro ovejuno, esa

había sido siempre su impresión antes de ese día—. El dinero en efectivo no causa problemas si es inyectado con lentitud al torrente bancario de las cuentas personales de uno. Además, una vez que el libro de tu marido se venda y os establezcáis en Nueva Inglaterra, no necesitamos volver a vernos nunca más. — Hizo una pausa—. Aunque podríamos. Esa parte dependería de ti. Y, por favor, relájate. Estás ahí sentada tiesa como un perno.

Era la idea de los doscientos mil dólares lo que la retenía en la habitación. Doscientos mil dólares en efectivo. Descubrió que, en realidad, podía visualizarlos: billetes embutidos en un sobre manila acolchado. O tal vez harían falta dos sobres para guardar tal cantidad.

—Déjame hablar un poco —dijo él—. No es algo en lo que me haya ejercitado mucho, ¿verdad? Sobre todo he escuchado. Ahora es tu turno de escucharme a mí, Nora. ¿Lo harás?

—Supongo. —Le picaba la curiosidad. Imaginaba que cualquiera se sentiría así—. ¿A quién quieres que mate?

Era una broma, pero tan pronto las palabras brotaron de su boca, temió que pudieran ser ciertas. Porque no sonaba como una broma. De la misma manera que los ojos en su alargado rostro ovejuno no se parecían a los de una oveja.

Winnie se echó a reír. Y luego dijo:

—Nada de asesinatos, querida. No hará falta llegar tan lejos.

Habló entonces como nunca antes lo había hecho. Con nadie, probablemente.

—Crecí en una familia acaudalada en Long Island; mi padre tuvo éxito en la bolsa. Sobrevivió a mi madre por solo cinco años, y cuando falleció, heredé una gran suma de dinero, principalmente en bonos y acciones sólidas. Durante los años transcurridos desde entonces, he convertido un pequeño porcentaje en dinero en efectivo, un poco cada vez. No para meterlo en una hucha de ahorros, porque nunca he necesitado una, sino más bien en lo que denominaría una hucha de deseos. Está en una caja de seguridad en Manhattan, y es ese dinero el que te ofrezco, Nora. Puede que, para ser exactos, se acerque a los doscientos cuarenta mil dólares, pero coincidiremos, ¿verdad?, en no protestar por un dólar aquí o un dólar allá, ¿no te parece?

»He dedicado mi vida... lo digo sin orgullo ni vergüenza... al servicio de los demás de forma normal y corriente. He liderado a mi iglesia hacia la asistencia a los pobres, tanto en países lejanos como en esta comunidad. El centro de Alcohólicos Anónimos que está calle arriba fue idea mía, y ha ayudado a cientos de sufrientes borrachos y drogadictos. He confortado a los enfermos y enterrado a los muertos. En términos más alegres, he presidido más de mil bodas. Inauguré un fondo de becas que ha enviado a muchos chicos y chicas a universidades que de otra forma no habrían podido permitirse.

»Solo me arrepiento de una única cosa: en todos mis años, jamás he cometido ninguno de los pecados contra los que me he pasado la vida advirtiendo a mis varios rebaños. No soy un hombre lujurioso, y como nunca me he casado, nunca he tenido la oportunidad de cometer adulterio. No soy glotón por naturaleza, y aunque me gustan las cosas bonitas, nunca he sentido avidez por nada ni he sido codicioso. ¿Por qué habría de serlo, cuando mi padre me dejó quince millones de dólares? He trabajado duro, templado mi carácter, sin envidiar a nadie, excepto tal vez a la Madre Teresa, y no me he mostrado demasiado orgulloso de mis posesiones ni de mi posición.

»No estoy afirmando haber vivido sin pecado. En absoluto. Aquellos que puedan decir (y supongo que existen unos cuantos) que nunca han pecado de acción ni de palabra, rara vez dicen que nunca han pecado de pensamiento, ¿cierto? La Iglesia cubre todas las fisuras. Nosotros ofrecemos el cielo y luego hacemos a la gente comprender que no existe esperanza de alcanzarlo sin nuestra ayuda... Porque nadie está libre de pecado. Y el pecado se paga con la muerte.

»Supongo que esto me hace parecer un hombre no creyente, pero tal como fui educado, la falta de fe me resulta tan imposible como la levitación. Pero comprendo la acogedora naturaleza del pacto y los trucos psicológicos que los creyentes utilizan para garantizar la prosperidad de estas creencias. La lujosa y elaborada mitra del Papa no le fue concedida por Dios, sino por hombres y mujeres pagando un chantaje teológico.

»Noto tu intranquilidad, así que iré directo al meollo del asunto. Quiero cometer un pecado trascendental antes de morir. Un pecado no de pensamiento o de palabra sino de obra. Esto ya ocupaba mi mente... creciendo cada vez más y más en mi mente..., antes de la apoplejía, pero lo tomaba como un frenesí que se aplacaría por sí solo. Ahora me doy cuenta de que no, porque la idea ha convivido conmigo más que nunca durante los últimos tres años. Pero me preguntaba a mí mismo qué gran pecado podría cometer un viejo en una silla de ruedas. Entonces, escuchándote hablar sobre el libro de tu marido y vuestra situación financiera, se me ocurrió que podría pecar por medio de un representante. De hecho, mi coeficiente de pecados se doblaría, por decirlo de algún modo, si te convirtiera en mi cómplice.

Ella habló con la boca muy seca:

—Creo en las malas acciones, Winnie, pero no creo en el pecado.

El hombre sonrió. Fue una sonrisa benévola. También desagradable: labios de oveja, dientes de lobo.

—Eso está bien. Pero el pecado cree en ti. Y... ¿sabes por qué este pecado sería doble?

—No. No voy a la iglesia.

—Lo que lo duplica es decirte a ti mismo: «Lo haré porque sé que puedo rezar por el perdón una vez que esté hecho». Decirte a ti mismo que puedes tener tu pastel y comértelo. Quiero saber cómo es descender a las profundidades del pecado. No quiero revolcarme. Quiero zambullirme de cabeza.

—¡Y arrastrarme contigo! —exclamó ella con verdadera indignación.

—Pero tú no crees en el pecado, Nora, acabas de decirlo. Desde tu punto de vista, todo lo que quiero de ti es que te ensucies un poco. Y arriesgarte a una detención, supongo, aunque el riesgo debería ser mínimo. Por estas cosas, te pagaré doscientos mil dólares.

Sintió la cara y las manos como si acabara de regresar de una larga caminata por la nieve. No accedería a su proposición, por supuesto. Lo que iba a hacer era salir de aquella casa y respirar algo de aire fresco. No dejaría el empleo, o al menos no inmediatamente, porque necesitaba el trabajo, pero necesitaba salir. Y si la despedía por abandonar su puesto, que lo hiciera. Pero antes, deseaba oír el resto.

—¿Qué es lo que quieres que haga?

Chad había encendido otro pitillo.

—¿De qué se trataba?

Ella gesticuló con los dedos, señalando en su dirección.

—Dame una calada de eso.

—Norrie, tú no has fumado un cigarro en cinco...

—Dame una calada, te he dicho.

Le pasó el cigarrillo. Aspiró por la boquilla profundamente, expulsó el humo tosiendo y a continuación le contó el resto.

Yacía despierta en mitad de la noche, ya tarde, segura de que él dormía, ¿y por qué no? La decisión estaba tomada. Le respondería a Winnie que no y que nunca más volviera a mencionar la idea. Decisión tomada; ahora vendría el sueño.

Aun así, no se sorprendió del todo cuando su marido dio media vuelta y le dijo:

—No puedo dejar de pensar en ello.

Ni ella tampoco.

—Lo haría, ¿sabes? Por nosotros. Si...

Ahora se encontraban cara a cara, separados por centímetros. Lo bastante cerca para saborear mutuamente el aliento del otro. Eran las dos de la madrugada, la hora de las conspiraciones, si es que existía una, en opinión de Nora.

—¿Si qué?

—Si no creyera que contaminaría nuestras vidas. Algunas manchas no salen nunca.

—Es una cuestión discutible, Nor. Hemos tomado una decisión. Interpreta a Sarah Palin y dile gracias pero no, gracias, por ese puente a ninguna parte. Encontraré un modo de terminar el libro sin su psicótica idea de una subvención.

—¿Cuándo? ¿En tu próxima excedencia sin paga? No lo creo.

—Está decidido. Está chalado. Punto y final. —Rodó apartándose de ella.

El silencio descendió. En el piso de arriba, la señora Reston (cuyo retrato aparecía en el diccionario junto a la palabra «insomnio») caminaba de un lado para otro. En algún lugar, quizá en lo más profundo y oscuro de Gowanus, una sirena aullaba.

Transcurrieron quince minutos antes de que Chad hablara en dirección a la mesilla de noche y al reloj digital, que marcaba ya las 2.17 de la madrugada.

—Además, tendríamos que confiar en él por el dinero, pero uno no puede confiar en un hombre cuando la única ambición que le queda en la vida es cometer un pecado.

—Pero yo sí confío en él —dijo ella—. Es en mí misma en quien no confío. Duérmete, Chad. Este tema está cerrado.

—Lo mismo te digo —replicó su marido.

El reloj marcaba las 2.26 cuando ella habló.

—Podría hacerse. Estoy convencida. Puedo teñirme el pelo. Ponerme un sombrero. Gafas de sol, por supuesto. Y habría que diseñar una ruta de escape.

—¿En serio estás...?

—No lo sé. Tendría que trabajar casi tres años para ganar doscientos mil dólares, y después de que el gobierno y los bancos metieran la nariz, quedaría poco menos que nada. Sabemos cómo funciona el sistema.

Permaneció callada durante un minuto, mirando al techo por encima del cual la señora Reston recorría penosamente un lento kilómetro tras otro.

—¿Y si te atropella un coche? ¿Y si desarrollo un quiste ovárico?

—Nuestra cobertura es buena.

—Eso dice todo el mundo, pero lo que todo el mundo sabe es que te joden en el camino de entrada. Con esto, tendríamos seguridad. Eso es lo que no paro de pensar. ¡Seguridad!

—Doscientos mil dólares hacen que mis expectativas financieras del libro sean un tanto pequeñas, sin embargo, ¿no crees? ¿Por qué molestarse incluso?

—Porque esto sería algo de una sola vez. Y el libro estaría limpio.

—¿Limpio? ¿Crees que esto dejaría al libro limpio?

Rodó sobre la espalda y se encaró con ella. Una parte de él se había endurecido, así que tal vez eso sí que se trataba de sexo. ¿Quién sabía de esas

cosas? ¿Quién quería saber?

—¿Crees que conseguiré alguna vez otro trabajo como el que tengo con Winnie?

Ante eso, Chad no dijo nada, lo cual de por sí constituía una respuesta.

—Y ya no soy tan joven. Cumpliré treinta y seis en diciembre. Me llevarás a cenar por mi cumpleaños, y una semana después tendré mi verdadero regalo: un aviso de pago atrasado por el préstamo del coche.

—¿Me echas la culpa de...?

—No. Ni siquiera estoy culpando al sistema. La culpa es contraproducente. Y le conté a Winnie la verdad: no creo en el pecado. Pero tampoco quiero ir a la cárcel. —Sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos—. Tampoco quiero herir a nadie. Especialmente a...

—Eso no va a pasar.

Empezó a darse la vuelta, pero ella lo asió por el hombro.

—Si lo hacemos... si yo lo hago... nunca más hablaremos del tema después. Ni una sola palabra.

—No.

Alargó los brazos hacia él. En los matrimonios, los tratos son sellados con algo más que un apretón de manos. Eso ambos lo sabían.

El reloj marcaba las 2.58 de la madrugada. En el exterior, y más abajo, un barrendero callejero pasó en silencio. Chad estaba siendo remolcado sin rumbo hacia el sueño cuando ella dijo:

—¿Conoces a alguien con una cámara de vídeo? Porque quiere...

—Charlie Green tiene una.

Después de eso, silencio. A excepción de la señora Reston, que continuaba caminando con pasos lentos de un lado a otro sobre ellos. La señora Reston, que pacientemente recorría todos esos kilómetros nocturnos. Entonces Nora cayó dormida.

Su madre nunca había sido una creyente practicante, pero Nora había asistido todos los veranos a la Escuela Bíblica Vacacional y la había disfrutado. Jugaban y cantaban, y les narraban relatos representados sobre tableros de franela. Se encontró a sí misma recordando una de aquellas historias al día siguiente, en el estudio de Winnie.

—No tengo que herir de gravedad a... ya sabes, a la persona... para conseguir el dinero, ¿no? —le preguntó—. Quiero que esto quede muy claro.

—No, pero espero ver cómo fluye la sangre. Permíteme aclarar esto. Quiero que uses el puño, pero un corte en el labio o una nariz sangrando será más que suficiente.

Para la historia, el profesor puso una montaña sobre el panel de franela. Después a Jesús. Después al Diablo. El profesor dijo que el Diablo había llevado a Jesús a la cima de la montaña y le había mostrado todas las ciudades de la tierra. «Todo lo que quieras será tuyo, todos los reinos —dijo el Diablo—. Todos los tesoros de los mismos, si te postras y me adoras». Pero Jesús era un tipo cabal. Jesús había dicho gracias pero no, gracias.

—Pecado —caviló ella—. Eso es lo que habita tu mente.

—Pecado como un fin en sí mismo. Deliberadamente planeado y ejecutado. ¿Encuentras la idea excitante?

—No —respondió Nora, mientras contemplaba las estanterías con el ceño fruncido.

Winnie dejó que pasara algo de tiempo. Luego preguntó:

—¿Y bien?

—Si me cogen, ¿seguiría cobrando el dinero?

—Si cumples con tu parte del acuerdo, y siempre que no me inculpes, desde luego, ciertamente lo cobrarás. E incluso si te cogen, en el peor de los casos saldrías con libertad condicional.

—Con una orden del juez para someterme a una evaluación psiquiátrica —añadió ella—. Que además es probable que necesite, incluso considerando todas las pruebas.

—Si continuáis así, querida, necesitaréis un consejero matrimonial, como mínimo —dijo Winnie—. Durante mi vida sacerdotal he aconsejado a muchas parejas, y aunque las preocupaciones monetarias no siempre se hallaban en la raíz de sus problemas, en la mayoría de los casos sí ocurría así. Y ese solía ser el único problema.

—Gracias por el beneficio de tu experiencia, Winnie.

Ante esto, él no dijo nada.

—Estás loco, ¿lo sabías?

Ninguna respuesta todavía.

Nora observó los libros un poco más. La mayoría de ellos trataban de religión. Finalmente volvió los ojos otra vez hacia el reverendo.

—Si lo hago y me jodes, lo lamentarás.

Winnie no mostró signo alguno de turbación ante su elección de las palabras.

—Cumpliré con mi compromiso. Puedes estar segura de eso.

—Ya hablas casi perfectamente. Ni siquiera ceceas, a no ser que estés cansado.

—Tu oído se ha acostumbrado a causa de estar conmigo —dijo él, encogiéndose de hombros—. Es como aprender a entender una nueva lengua, supongo.

Los ojos de ella regresaron a los libros. Uno de ellos se llamaba *El problema del bien y del mal*. Otro se titulaba *Las bases de la moralidad*. Era un volumen grueso. En el vestíbulo, un reloj regulador marcaba los segundos con un estacionario compás. Finalmente volvió a preguntar:

—¿Y bien?

El reloj regulador emitía su tictac. Sin mirarle, ella respondió:

—Si vuelves a decir «y bien», me largo de aquí.

El reverendo no dijo «bien» ni ninguna otra cosa. La mujer bajó la vista y se miró las manos, que se retorcían sobre el regazo. Lo más atroz: parte de ella seguía sintiendo curiosidad. No acerca de lo que él quería (ese gato ya había salido de la bolsa), sino acerca de lo que quería ella.

Por fin alzó la mirada y le dio una respuesta.

—Excelente —dijo él.

Con la decisión tomada, ni Chad ni Nora deseaban que el verdadero acto pendiera sobre sus cabezas; proyectaba una sombra demasiado grande. Optaron por el Parque Forest, en Queens. Chad le pidió prestada la cámara de vídeo a Charlie Green y aprendió a utilizarla. Visitaron el parque con antelación un par de veces (en días lluviosos, cuando se encontraba vacío), y Chad filmó el área que habían escogido. Tuvieron mucho sexo durante ese período; sexo nervioso, sexo torpe, pero por lo general, sexo del bueno. Ardiente, por lo menos. Nora descubrió que sus otros apetitos principales menguaban. En los diez días que transcurrieron entre el acuerdo y la mañana en que ejecutó su parte del trato, perdió cuatro kilos. Chad comentó que empezaba a tener de nuevo el aspecto de una adolescente.

Un día soleado de principios de octubre, Chad aparcó su viejo Ford en la avenida Myrtle. Nora estaba sentada a su lado, con el pelo teñido de rojo colgando hasta los hombros, vestida con una falda larga y un feo blusón holgado de color marrón, presentando un aspecto nada «noriano». Llevaba gafas de sol y una gorra de los Mets. Parecía bastante tranquila, pero cuando él alargó la mano para acariciarla, se revolvió de manera nerviosa.

—Nor, venga...

—¿Tienes dinero para el taxi?

—Sí.

—¿Y la bolsa para guardar la cámara?

—Sí, claro.

—Entonces dame las llaves del coche. Te veré de vuelta en el apartamento.

—¿Estás segura de que serás capaz de conducir? Porque la reacción a algo como esto...

—Estaré bien. Dame las llaves. Espera aquí quince minutos. Si algo sale mal... incluso si presiento que algo va mal, volveré. Si no lo hago, vete al punto que hemos determinado. ¿Lo recuerdas?

—¡Por supuesto que lo recuerdo!

Ella sonrió, o al menos mostró los dientes y los hoyuelos de las mejillas.

—Ese es el espíritu —dijo, y se fue.

Fueron quince minutos insoportablemente largos, pero Chad esperó uno detrás de otro. Niños que llevaban cascos con forma de concha circulaban en sus bicis. Mujeres paseaban en parejas, muchas cargando con las bolsas de la compra. Divisó a una anciana que cruzaba laboriosamente la avenida y por un momento creyó que era la señora Reston, pero cuando pasó a su lado, vio que no. Esa mujer era mucho mayor que la señora Reston.

Cuando el plazo de quince minutos estaba a punto de expirar, se le ocurrió, de un modo cuerdo y racional, que podía poner fin a eso si se alejaba conduciendo. La llave de encendido adicional se hallaba escondida bajo el neumático de repuesto. En el parque, Nora miraría a su alrededor y no lo vería. Sería ella quien tomaría entonces el taxi de vuelta a Brooklyn. Y cuando llegara, se lo agradecería. Le diría: «Me has salvado de mí misma».

¿Y después? Se tomaría un mes libre. Nada de clases de sustitución. Dedicaría todos sus recursos a la finalización del libro. Les plantaría cara a sus molinos de viento.

En cambio, bajó del coche y caminó hacia el parque con la videocámara de Charlie Green en la mano. La bolsa de papel donde la guardaría más tarde se hallaba embutida en el bolsillo de su cazadora. Verificó tres veces el aparato para cerciorarse de que la luz verde de encendido se iluminaba. Sería terrible pasar por todo aquello y descubrir que en ningún momento había puesto en marcha la cámara. O que no había quitado la tapa de la lente.

Nora se hallaba sentada en un banco del parque. Cuando lo vio, se peinó hacia atrás el cabello que le caía sobre el lado izquierdo del rostro. Esa era la señal: adelante.

Detrás de ella había un área de juegos con columpios, un carrusel, balancines, caballitos saltarines sobre muelles, esa clase de cosas. A esa hora, solo unos pocos niños jugaban allí. Las madres se encontraban en un grupito en el extremo más

alejado, hablando y riendo, sin prestar demasiada atención a los niños, en realidad.

«Doscientos mil dólares», pensó, y levantó la videocámara a la altura del ojo. Ahora que el plan entraba en su fase de ejecución, se sentía tranquilo.

2

De vuelta en su edificio, Chad subió la escalera a la carrera. Le embargaba la certeza de que ella no estaría allí. La había visto vagamente huir a toda pastilla, y las madres apenas le habían echado una rápida ojeada; convergían hacia la víctima escogida, un niño de tal vez cuatro años, pero aun así le invadía la certeza de que no estaría allí y de que pronto recibiría una llamada comunicándole que su mujer estaba en la comisaría, donde se había derrumbado y confesado todo, incluyendo su implicación en el asunto. Y lo que era peor, la implicación de Winnie, certificando por tanto que todo había sido en balde.

La mano le temblaba de un modo tan terrible que no fue capaz de introducir la llave en la ranura; el objeto charló alocadamente con la placa de la cerradura sin siquiera acercarse a esta. En mitad del proceso de soltar la bolsa de papel (ahora terriblemente arrugada) que contenía la videocámara para poder estabilizar su mano derecha con la izquierda, se abrió la puerta.

Nora vestía ya unos tejanos cortados y un top de concha, las prendas que había llevado puestas debajo de la falda larga y el blusón. El plan había consistido en que ella se cambiara en el coche antes de alejarse conduciendo. Dijo que podría hacerlo a la velocidad del rayo, y parecía haber estado en lo cierto.

La rodeó con los brazos y la apretó tan fuerte contra sí que oyó un golpe sordo cuando ella se le abalanzó encima; no fue exactamente un abrazo romántico.

Nora lo soportó durante un momento, entonces dijo:

—Sal del pasillo. —Y en cuanto se cerró la puerta al mundo exterior, añadió —: ¿Lo tienes grabado? Dime que sí. Llevo aquí casi media hora volviéndome loca.

—Yo también estaba preocupado. —Se apartó el pelo de la frente, donde sentía la piel caliente y febril—. Norrie, estaba muerto de miedo.

Ella le arrebató la bolsa de las manos, espió en su interior y luego le observó fijamente. Se había deshecho de las gafas de sol y sus ojos azules ardían.

—Dime que lo tienes.

—Sí. O sea, creo que sí. Debo de tenerlo. Todavía no lo he comprobado.

Su mirada se encendió aún más.

—Más te vale. Más te vale. El tiempo que no he estado andando de aquí para allá me lo he pasado en el baño. No he parado de tener retortijones.

Se acercó a la ventana y miró al exterior. Chad se unió a ella, temeroso de que supiera algo que él desconocía. Pero solo vio a los peatones habituales yendo de un lado a otro.

Se volvió nuevamente hacia su marido, y esa vez le agarró los brazos. Las palmas estaban mortalmente frías.

—¿Está bien? ¿El niño? ¿Viste si estaba bien?

—Está bien —respondió Chad.

—¿Estás mintiendo? —preguntó a voz en grito—. ¡Más te vale que no me mientas!

—Te he dicho que está bien. Se puso de pie antes de que las madres llegaran. Berreando a más no poder, pero yo mismo a su edad lo pasé peor cuando me golpeé en la nuca con un columpio. Tuve que ir a urgencias y me dieron cinco pun...

—Le pegué mucho más fuerte de lo que pretendía. Tenía miedo de que si refrenaba el puñetazo... de que si Winnie veía que lo refrenaba... que no pagaría. Y la adrenalina... ¡Dios! ¡Es un milagro que no le arrancara la cabeza al pobre chiquillo! ¿Por qué he tenido que hacerlo? —Pero no lloraba, y no parecía arrepentida. Parecía furiosa—. ¿Por qué me lo has permitido?

—Yo nunca...

—¿De verdad viste que se levantaba? Porque le pegué mucho más fuerte de lo que... —Se dio la vuelta, apartándose de él, se acercó a la pared, contra la que clavó la frente, y entonces se volvió—. ¡Fui a un parque y le pegué un puñetazo en la boca a un niño de cuatro años! ¡Por dinero!

En un momento de inspiración, Chad dijo:

—Creo que está en la cinta. Cuando el niño se pone de pie, quiero decir. Podrás verlo por ti misma.

Nora atravesó volando la estancia.

—¡Ponla! ¡Quiero verla!

Chad encontró el cable que Charlie le había facilitado. Luego, tras un ligero titubeo, reprodujo la cinta en el televisor. Efectivamente, había grabado al niño mientras se levantaba del suelo, justo antes de ponerse a gritar como un poseso y alejarse. El niño presentaba un aspecto apabullado, y por supuesto lloraba, pero por lo demás parecía bien. Sangraba en abundancia por el corte en los labios, pero solo un poco por la nariz. Chad supuso que la nariz sangrante había sido resultado de la caída.

No es más grave que cualquier accidente común en un columpio —pensó él—. Ocurren todos los días a millares.

—¿Ves? —le preguntó—. Está bi...

—Pásala otra vez.

Lo hizo. Y cuando Nora le pidió que la reprodujera una tercera vez, y una cuarta, y una quinta, también obedeció. En algún momento, fue consciente de que ella ya no miraba para ver al niño levantarse. Ni él tampoco. Observaban la caída.

Y el puñetazo. El puñetazo propinado por la bruja loca de pelo rojo con las gafas de sol. La que se acercó y perpetró su agresión y a continuación despegó con alas en sus zapatillas deportivas.

—Creo que le hice saltar un diente —observó ella.

Chad se encogió de hombros.

—Buenas noticias para el ratoncito Pérez.

Después del quinto visionado, ella dijo:

—Quiero quitarme este color rojo del pelo. Lo odio.

—Claro...

—Pero primero llévame al dormitorio. Y no hables. Tan solo hazlo.

No cesaba de pedirle que empujara más fuerte, rodeándolo con las caderas levantadas hacia arriba, casi a modo de cinturón, como si corcoveara resistiéndose a ser montada. Pero ni así ella llegaba.

—Pégame —le pidió.

La abofeteó, sobrepasados ya los límites de la racionalidad.

—Puedes hacerlo mejor que eso. ¡Pégame, joder!

La golpeó con más fuerza. Se le rajó el labio inferior. Ella se embadurnó los dedos con sangre. Mientras lo hacía, alcanzó el orgasmo.

—Muéstramelo —pidió Winnie. Eso fue al día siguiente. Se hallaban en el estudio.

—Enséñame el dinero. —Una frase famosa. Solo que no podía recordar su procedencia.

—Después de ver el vídeo.

La cámara seguía en la bolsa de papel arrugada. La extrajo, junto con el cable. Él tenía un pequeño televisor en el estudio, y lo conectó al aparato. Pulsó el PLAY, y observaron a la mujer de la gorra de los Mets, sentada en un banco del parque. Detrás de ella, unos pocos niños jugaban. Detrás de ellos, las mamás hablaban de chorradas de mamá: saltos de cama, obras que habían visto o que iban a ver, el nuevo coche, las próximas vacaciones. Bla-bla-bla.

La mujer se levantó del banco. La cámara se aproximó en un *zoom* entrecortado. La imagen se estremeció brevemente y entonces se estabilizó.

Nora apretó el botón de pausa. Eso había sido idea de Chad, y ella asintió de conformidad. Confiaba en Winnie, pero solo hasta cierto punto.

—El dinero.

Winnie sacó una llave del bolsillo del suéter de cárdigan que llevaba puesto. La empleó para abrir el cajón central de su escritorio, cambiándosela a la mano

izquierda cuando la derecha, parcialmente paralizada, no pudo completar la acción.

No le entregó un sobre, después de todo. Se trataba de una caja de tamaño medio de Federal Express. Miró en su interior y vio fajos de billetes de cien, cada uno de los fajos asegurados con una goma elástica.

—Está todo ahí, más un bonus —dijo él.

—Muy bien. Contempla lo que has comprado. Lo único que has de hacer es pulsar el PLAY. Estaré en la cocina.

—¿No quieres verlo conmigo?

—No.

—¿Nora? Aparentemente tú también has sufrido un pequeño accidente. —Se palpó la comisura de la boca, el lado que aún se torcía ligeramente hacia abajo.

¿Le había parecido que tenía cara de oveja? Qué estúpida había sido. Qué ciega. Tampoco era un rostro de lobo, no realmente. Era algo entremedias. Un rostro canino, quizá. El rostro de un perro que primero mordería y luego echaría a correr.

—Me tropecé con una puerta —dijo ella.

—Ya veo.

—Muy bien, lo miraré contigo —accedió, y se sentó. Ella misma apretó el botón de PLAY.

Vieron el vídeo dos veces, en completo silencio. La duración era de unos treinta segundos. Eso equivalía a unos seis mil seiscientos dólares el segundo. Nora había efectuado el cálculo.

Después de la segunda reproducción, Winnie pulsó el STOP. Ella le enseñó cómo expulsar la pequeña cinta.

—Esto es para ti. La cámara tiene que regresar al tipo al que mi marido se la pidió prestada.

—Entiendo. —Le brillaban los ojos—. Tendré que enviar a la señora Granger a comprarme otra cámara para futuros visionados. ¿O tal vez quieras ocuparte tú de ese recado?

—Yo no. Hemos terminado.

—Oh. —No parecía sorprendido—. Muy bien. Pero si me permites una sugerencia... es posible que quieras buscar otro empleo. Así nadie encontrará raro que empecéis a pagar vuestras facturas pendientes a toda velocidad. Me preocupo por tu bienestar, querida.

—Estoy segura. —Desconectó el cable y lo volvió a meter en la bolsa, junto con la cámara.

—Y no os marchéis a Vermont demasiado pronto.

—No necesito tu consejo. Me siento sucia y tú eres el motivo.

—Pues no dejes que te atrapen y nadie lo sabrá jamás. —El lado derecho de su boca estaba caído, el lado izquierdo alzado en lo que podría haber sido una sonrisa. El resultado era una serpentina con forma de ese por debajo del pico de su nariz. Ese día su pronunciación era muy clara. Lo recordaría y cavilaría sobre ello. Como si lo que él llamaba pecado hubiera resultado ser una terapia—. Y Nora... ¿sentirse sucia es siempre algo malo?

No tenía ni idea de cómo responder a eso.

—Solo pregunto —dijo él—, porque la segunda vez que has pasado la cinta, te observaba a ti en lugar de ver la película.

Recogió la bolsa que contenía la cámara de Charlie Green y se encaminó hacia la puerta.

—Que te vaya bien, Winnie. La próxima vez asegúrate de contratar a una fisioterapeuta verdadera además de a una enfermera. Puedes permitirte. Y cuida de esa cinta. Por el bien de ambos.

—Eres imposible de identificar, querida. E incluso en caso contrario, ¿le importaría a alguien? —Se encogió de hombros—. No representa una violación, ni un asesinato, después de todo.

Se quedó parada en el umbral, deseando marcharse, pero aún curiosa. Aún curiosa.

—Winnie, ¿cómo conciliarás esto con tu Dios?

El reverendo se rió entre dientes.

—Si un pecador como Pedro Simón pudo salir adelante y fundar la Iglesia católica, mis expectativas no son tan malas.

—¿Pedro Simón guardó una cinta de vídeo para mirarla en las frías noches de invierno?

Eso, finalmente, lo silenció, y Nora se fue antes de que él pudiera encontrar su voz de nuevo. Se trataba de una pequeña victoria, pero era una a la que se aferraba ávidamente.

Una semana más tarde, el reverendo llamó al apartamento y le dijo que sería bienvenida si decidía regresar, al menos hasta que ella y Chad se marcharan a Vermont.

—Te echo de menos, Nora.

Ella no dijo nada.

Su voz se derrumbó.

—Podríamos ver la cinta otra vez. ¿Te gustaría hacerlo? ¿Te gustaría ver la cinta de nuevo, al menos una vez?

—No —contestó ella, y colgó.

Se dirigía a la cocina para preparar té, pero entonces se sintió desfallecer por momentos. Se desplomó en el rincón de la sala de estar, se dobló y colocó la cabeza entre las rodillas levantadas. Esperó a que el vahído remitiera. Al cabo de un rato se desvaneció.

Consiguió trabajo como enfermera de la señora Reston. Solo veinte horas semanales, y la paga no era comparable a la que ganaba como empleada del reverendo Winston, pero el dinero ya no era un problema, y el trayecto era sencillo: un tramo de escaleras. Y lo mejor de todo: la señora Reston, que sufría de diabetes y de problemas cardíacos leves, era una cabeza de chorlito adorable. A veces, sin embargo, especialmente durante sus interminables monólogos acerca de su difunto esposo, la mano de Nora ardía en deseos de abofetearla.

Chad mantuvo su nombre en la lista de profesores suplentes, pero recortó sus horas lectivas. Reservó la mayoría de ese recién descubierto tiempo libre para trabajar en *Viviendo con animales*. Las páginas empezaron a amontonarse.

Una o dos veces se preguntó a sí mismo si ese nuevo material era tan bueno, tan vigoroso, como el realizado antes del día de la videocámara, y se respondía que dicha cuestión solo se le había ocurrido porque alguna anticuada y falsa noción de castigo se alojaba en su mente. Como un grano de maíz entre dos muelas traseras.

Doce días después del suceso en el parque, llamaron a la puerta del apartamento. Cuando Nora abrió, había allí un policía parado.

—¿Sí? —preguntó, y pensó tranquilamente: Lo confesaré todo. Y después de que las autoridades hayan hecho conmigo lo que sea que hagan, iré a ver a la madre de ese chico, daré la cara, y le diré: «Pégume con su mejor golpe, mamá. Nos hará un favor a ambas».

El policía comprobó su libreta.

—Si este es el 3-C, eso la convierte en la señora Callahan.

—Sí, soy la señora Callahan.

—Señora, me gustaría formularle algunas preguntas. Investigamos a un asaltante que está actuando en el vecindario. Hirió gravemente a un anciano la noche pasada. ¿Me permite enseñarle algunas fotografías?

—Desde luego, pero no he visto...

—Estoy seguro.

El policía sonrió abiertamente para mostrarle lo estúpido que resultaba todo aquello. Ella pensó que tenía una sonrisa atractiva. Pensaba además que eso bien

podría ser un pretexto. Ofrecer una buena imagen a la sospechosa. Evaluarla.

Pero en cuanto hubo mirado las ocho fotografías sin reconocer a ninguno de los hombres, él asintió con la cabeza y las guardó de nuevo.

—¿Cree que su marido debería examinarlas?

—Lo dejo a su elección, pero él no se fijaría ni en un hombre bicéfalo a menos que tropezaran el uno con el otro en plena calle. —La invadió una sensación de vértigo producto del alivio, pero una parte de ella continuaba preguntándose si existía allí alguna otra orden del día en ejecución. Ella era una asaltante, después de todo.

—Eso he oído. Pero si usted ve a alguien en el vecindario que se parezca a alguna de las personas de las fotos que le he mostrado...

—Le llamaré a usted primero... —Miró el nombre de la placa—. Agente Abromowitz.

—Hágalo —dijo él con una sonrisa.

Esa noche, en la cama.

—¡Dame otra más!

Como si no se tratara de una relación sexual, sino de algún juego de cartas de pesadilla.

—No.

La mujer estaba encima, convirtiéndole a él en presa fácil. El sonido de la mano de ella en la mejilla del hombre fue como la detonación de una pistola de aire comprimido.

Chad le devolvió la bofetada sin pensar. Ella empezó a llorar. Él se lo había hecho. En la calle, la alarma del coche de alguien empezó a sonar.

Viajaron a Vermont en enero. Fueron en tren. Era encantador, como el dibujo de una postal. Vieron una casa que les gustó a ambos a unos treinta kilómetros a las afueras de Montpelier. Se trataba solo de la tercera que miraban.

La agente inmobiliaria se llamaba Jody Enders. Una persona muy agradable, pero que no cesaba de mirar el ojo derecho de Nora. Al final, con una corta risita embarazosa, Nora dijo:

—Me resbalé en un trozo de hielo mientras montaba en un taxi. Debería haberme visto la semana pasada. Parecía una mujer maltratada en un anuncio contra la violencia de género.

—A duras penas veo el ojo —dijo Jody Enders. Después, tímidamente, añadió —: Es usted muy hermosa.

Chad pasó el brazo alrededor de los hombros de Nora.

—Opino lo mismo.

—¿A qué se dedica, señor Callahan?

—Soy escritor —contestó.

Pagaron una señal por la casa. En el contrato de préstamo, Nora marcó FINANCIACIÓN POR EL PROPIETARIO. En la casilla de DETALLES, escribió simplemente: Ahorros.

Un día de febrero, mientras empaquetaban para la mudanza, Chad fue a Manhattan para ver una película en el Angelika y cenar con su agente. El oficial de policía Abromowitz le había entregado a Nora su tarjeta. Ella le telefoneó y él se pasó por el apartamento y follaron en el dormitorio casi vacío. Fue bueno, pero habría sido mejor si la mujer le hubiera persuadido para que la pegara. Se lo pidió, pero él no accedió.

—¿Qué clase de dama loca eres? —le preguntó en ese tono de voz que la gente usa cuando quiere decir: «Estoy de broma, pero no del todo».

—No lo sé —respondió Nora—. Todavía trato de averiguarlo. Vivimos y aprendemos, agente Abromowitz.

—¿De verdad?

Tenían programada la mudanza a Vermont para el 29 de febrero. El día anterior (el que habría sido el último día del mes en un año ordinario) sonó el teléfono. Era la señora Granger, el ama de llaves del pastor emérito Winston. Tan pronto como Nora registró el tono taciturno de la mujer, supo por qué había llamado, y su primer pensamiento fue: ¿Qué has hecho con la cinta, cabrón?

—El obituario dirá «fallo renal» —informó la señora Granger con la voz lánguida de un muerto—, pero entré en su cuarto de baño. Todos los frascos de medicina estaban abiertos y habían desaparecido demasiadas pastillas. Creo que se suicidó.

—Puede que no —dijo Nora. Hablaba con su voz más tranquila, más segura, con sus mejores modales de enfermera—. Lo más probable es que estuviera confuso de la cantidad que había tomado. Incluso podría haber sufrido otro derrame cerebral. Uno pequeño.

—¿De verdad cree eso?

—Oh, sí —respondió Nora, y tuvo que reprimir el impulso de preguntarle a la señora Granger si había visto por allí una nueva videocámara. Posiblemente

enchufada al televisor de Winnie. Habría sido demencial formular tal pregunta. Pero de todas formas, casi lo hizo.

Esa noche, en la cama. Su última noche en Brooklyn.

—Tienes que dejar de preocuparte —dijo Chad—. Si alguien encuentra la cinta, posiblemente ni la miren. Y si lo hacen, las probabilidades de que la relacionen contigo son muy pequeñas, casi infinitesimales. Además, seguro que el niño ya lo ha olvidado a estas alturas. Y también la madre.

—La madre estaba allí cuando una loca asaltó a su hijo y salió huyendo —replicó Nora—. Nunca lo olvidará.

—De acuerdo —dijo él en un tono de voz ecuánime que le provocó deseos de hincarle la rodilla en las pelotas.

—Quizá debería pasarme y ayudar a la señora Granger a ordenar el lugar.

La miró como si hubiera perdido la cabeza, y entonces dio media vuelta, apartándose de ella.

—No hagas eso —rogó.

—Venga, Chad.

—No —dijo él.

—¿No? ¿Qué quieres decir? ¿Por qué?

—Porque sé en lo que estás pensando.

Ella le pegó. Un buen porrazo en la parte posterior del cuello. Él dio media vuelta y alzó un puño.

—No hagas eso, Nora.

—Vamos —dijo ella—. Lo estás deseando.

Casi lo hizo. Nora vio cómo temblaba. Entonces Chad bajó la mano y estiró los dedos.

—Ya no más.

La mujer no dijo nada, pero pensó: «Eso es lo que tú crees».

Chad terminó *Viviendo con animales* en julio y envió el manuscrito a su agente. Siguieron a continuación una serie de *e-mails* y de llamadas telefónicas. Chad dijo que Ringling parecía entusiasmado. De ser así, Nora imaginaba que debía de haberse guardado la mayor parte de ese entusiasmo para las llamadas telefónicas. Lo que ella percibía en los *e-mails* era un prudente optimismo, en el mejor de los casos.

En agosto, a petición de Ringling, Chad reescribió algunos fragmentos. Mantuvo silencio acerca de esa parte del trabajo, señal de que no todo iba bien. Pero se ciñó a ello. Nora apenas lo notó. Estaba absorta en su jardín.

En septiembre, Chad insistió en ir a Nueva York, y se paseó impaciente por el despacho de Ringling mientras el hombre hacía llamadas de teléfono a los siete editores a los que había enviado el manuscrito. Nora sopesó la idea de visitar algún bar de Montpelier y pescar a alguien (podrían ir a un Motel 6), pero no lo hizo. En cambio, se afanó en su jardín.

Fue mejor así. Chad tomó un avión de vuelta esa tarde en lugar de pasar la noche en Nueva York como había planeado. Había bebido y manifestaba estar contento. Tenía un acuerdo verbal sellado con un apretón de manos. Nombró a un editor del que ella nunca había oído hablar.

—¿Cuánto?

—Eso no importa, muñeca. —La palabra «eso» brotó como «essho», y solo la llamaba muñeca cuando estaba borracho—. Les encanta de veras el libro, y es lo que importa. —Se dio cuenta de que cuando Chad bebía sonaba un poco como Winnie en los primeros meses posteriores a la apoplejía.

—¿Cuánto?

—Cuarenta mil dólares. —«Dólaguessh». Ella rompió a reír.

—Probablemente yo me gané esa cantidad solo en el camino del banco a los columpios. Lo calculé la primera vez que vimos...

No vio venir el golpe, y en realidad ni siquiera lo sintió. Se produjo un enorme chasquido en su cabeza, eso fue todo. Acto seguido yacía en el suelo de la cocina, respirando a través de la boca. Le había roto la nariz.

—¡Putá! —gritó; se echó a llorar.

Nora se sentó. La cocina parecía efectuar un largo círculo de borracho a su alrededor antes de estabilizarse. La sangre goteaba sobre el linóleo. Se hallaba pasmada, en un estado de dolor, llena de júbilo, rebosante de vergüenza y de hilaridad.

—Eso es, culpame a mí. —Su voz sonaba nebulosa, desternillante—. Échame la culpa y después llora hasta que se te sequen los ojitos.

Ladeó la cabeza como si no la hubiera oído, o como si no diera crédito a lo que acababa de escuchar; entonces apretó el puño y lo echó hacia atrás.

Ella alzó el rostro, con su ahora sinuosa nariz indicando el camino. Una barba de sangre se dibujaba en su mentón.

—Vamos —le animó—. Es la única cosa en la que eres medio bueno.

—¿Con cuántos hombres te has acostado desde aquel día? ¡Dímelo!

—Acostarme, con ninguno. Follar, con una docena. —Mentira, en realidad. Solo habían sido el policía y un electricista que había ido a casa un día en que Chad fue a la ciudad—. Asesta un buen mandoble, Macduff.

En vez de asestar un buen mandoble, Macduff abrió el puño y dejó caer la mano junto al costado.

—Voy a dejarte y a escribir otro. Uno mejor.

—Cuando los cerdos silben.

—Espera —replicó él de manera pueril y con lágrimas en los ojos, como un niño derrotado en una reyerta de patio de colegio—. Tú espera y verás.

—Estás borracho. Vete a la cama.

—¡Putita infecta!

Habiéndose librado de aquello, se dirigió al dormitorio arrastrando los pies, con la cabeza gacha. Incluso caminaba como Winnie después de su derrame.

Nora pensó en acudir a urgencias a causa de la nariz rota, pero se hallaba demasiado cansada para idear una historia con el toque justo de veracidad. En el fondo de su corazón —su corazón de enfermera— sabía que no existían tales historias. Ellos verían en su interior independientemente de lo bueno que fuera el cuento. El personal de urgencias siempre lo hacía.

Se puso algodón en las fosas nasales y se tomó un par de Tylenol con codeína. Luego salió al jardín y arrancó las malas hierbas hasta que estuvo demasiado oscuro para ver.

Chad la dejó y regresó a Nueva York. A veces le enviaba algún *e-mail*, y ella a veces le respondía. No le pidió su mitad del dinero remanente, y fue mejor. Ella no se lo habría dado. Su mujer había luchado por ese dinero y continuaba luchando por él, inyectándolo en el banco poco a poco, pagando los recibos de la casa. Le contó en los *e-mails* que volvía a dar clases como profesor suplente y que escribía durante los fines de semana. Ella le creyó en lo concerniente a las clases, pero no sobre el resto. Sus correos carecían de fuerza, transmitían una sensación de agotamiento que sugería que podría no quedar mucho en lo referente a su faceta de escritor. En cualquier caso, Nora siempre pensó que su marido era un hombre de un solo libro.

Se ocupó del divorcio ella misma. Encontró todo lo necesario en internet. Había papeles que necesitaba que él firmara, y él los firmó. Los remitió de vuelta sin una sola nota adjunta.

El verano siguiente —un buen verano; trabajaba a jornada completa en el hospital local y su jardín era un desmadre absoluto—, mientras curioseaba un día en una librería de segunda mano, se topó con un volumen que había visto en el estudio de Winnie: *Las bases de la moralidad*. Se trataba de un ejemplar bastante deteriorado, así que logró llevárselo a casa por dos dólares más impuestos.

Tardó el resto del verano y casi todo el otoño en leerlo de cabo a rabo. Al finalizar se sintió decepcionada. Contenía muy poco o nada que no supiera ya.



STEPHEN KING (nacido en Portland, Maine, Estados Unidos, 21 de septiembre de 1947) es un escritor estadounidense conocido por sus novelas de terror. Los libros de King han estado muy a menudo en las listas de superventas. En 2003 recibió el National Book Award por su trayectoria y contribución a las letras estadounidenses, el cual fue otorgado por la National Book Foundation.

King, además, ha escrito obras que no corresponden al género de terror, incluyendo las novelas *Las cuatro estaciones*, *El pasillo de la muerte*, *Los ojos del dragón*, *Corazones en la Atlántida* y su autodenominada «magnum opus», *La Torre Oscura*. Durante un periodo utilizó los seudónimos Richard Bachman y John Swithen.

Notas

[1] Defensor que se sitúa entre la segunda y la tercera bases. También llamado paracorto o parador en corto. (*N. del T.*) <<

[2] Promedio que mide el poder de bateo y que se calcula como el cociente entre el número de bases totales alcanzadas mediante hits y el número de turnos al bate.
(*N. del T.*) <<

[3] Un hit es un batazo que permite al corredor avanzar hasta una base sin riesgo de ser eliminado. (*N. del T.*) <<

[4] Juego sin hits por parte del equipo contrario. (*N. del T.*) <<

[5] Bola bateada alta que el defensor intenta atrapar antes de que toque el suelo.
(*N. del T.*) <<